

**LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA
EN CENTROAMÉRICA:
EI FSLN DESDE SU FUNDACIÓN
A LA INSURRECCIÓN POPULAR**

Salvador Martí i Puig

Universitat Autònoma de Barcelona

WP núm. 203
Institut de Ciències Polítiques i Socials

Barcelona, 2002

El Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) es un consorcio creado en 1988 por la Diputación de Barcelona y la Universidad Autónoma de Barcelona, institución esta última a la que está adscrito a efectos académicos.

“Working Papers” es una de las colecciones que edita el ICPS, especializada en la publicación -en la lengua original del autor- de trabajos en elaboración de investigadores sociales, con el objetivo de facilitar su discusión científica.

Su inclusión en esta colección no limita su posterior publicación por el autor, que mantiene la integridad de sus derechos.

Este trabajo no puede ser reproducido sin el permiso del autor.



Edició: Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS)
Mallorca, 244, pral. 08008 Barcelona (Espanya)
<http://www.icps.es>

© Salvador Martí

Diseño: Toni Viaplana

Impresión: a.bís

Travessera de les Corts, 251, entr. 4a. 08014 Barcelona

ISSN: 1133-8962

DL: B-27.156-02

1. NACIMIENTO DEL FSLN Y SU CONTEXTO

Fueron los jóvenes quienes, a la luz de la Revolución Cubana, fundaron los grupos guerrilleros en América Latina. En Nicaragua, la generación de jóvenes que dio vida a múltiples grupúsculos de carácter revolucionario, antes de fundar el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), apenas conocían la teoría política. Dicha generación se guió por el instinto. Como diría su principal fundador, Carlos Fonseca, la creación de dicha organización fue más “por vergüenza que por conciencia”. Lo cierto es que en el FSLN, desde su inicio, hubo una excesiva identificación con la experiencia armada de Cuba y, a menudo, ello se tradujo en la mecánica reproducción de lo allí acaecido (Borge, 1989: 185-186).

Efectivamente, a pesar de la timorata actitud inicial de la “izquierda oficial” respecto al movimiento revolucionario cubano y la insurrección que lideró¹, la Revolución Cubana impactó en la izquierda latinoamericana como ningún otro acontecimiento en la historia reciente. El proceso revolucionario cubano -tal como expuso Castañeda (1993: 68)- supuso tres rupturas simultáneas con la historia política de la región: fue la primera vez que un régimen radical y revolucionario lograba tomar el poder, permanecer y consolidarse en él; dicho régimen se auto-proclamó marxista-leninista, adscribiéndose geopolíticamente al bloque soviético y autodesignándose como el principal adversario de los Estados Unidos en el hemisferio; y finalmente, esta experiencia nació con aspiraciones latinoamericanas ya que, efectivamente, el régimen revolucionario esgrimió y proclamó, sin ningún pudor, la intención de alentar el *fuego revolucionario* a lo largo del continente.

La Revolución Cubana inauguró una fase de la historia de la izquierda latinoamericana donde la idea de la *Revolución* permanecería en el centro de su ideario². Tal como escribiría Débray (1970: 93) a inicios de los setenta:

Cuba apareció como un trueno en medio del escepticismo y la legalidad. Demostró que la victoria de una revolución anti-imperialista en América Latina era posible, y en ese mismo instante. Esta fue la cuestión (...) Se trataba de la posibilidad de realizar la revolución en Latinoamérica a partir del modelo cubano.

Es difícil exagerar el impacto del fenómeno cubano sobre la juventud latinoamericana con inquietudes políticas. En dicho sentido, por ejemplo, Héctor Béjar, uno de los líderes de la primera guerrilla peruana que se gestó en Ayacucho -el Ejército de Liberación Nacional (ELN)-, expondría que una de las razones por las cuales crearon el movimiento guerrillero fue la admiración hacia la Revolución Cubana (Béjar, 1969: 60-61). Lo mismo ocurrió con un dirigente político de la izquierda guatemalteca, quien expuso que “en los acontecimientos de Guatemala la Revolución Cubana tuvieron una gran influencia (...) supuso una profunda renovación de los colectivos revolucionarios, sobre todo en lo que se refería a los medios de lucha contra el régimen reaccionario” (Guerra Borges, 1964: 11). Este anecdotario, como es de suponer, podría ser interminable, y precisamente por ello cabe exponer su impacto en Nicaragua a través de uno de los fundadores del FSLN, Tomás Borge (1982: 46), quien declaró:

La victoria de la lucha armada en Cuba representó el levantamiento de innumerables velos, un destello de luz que permitió ver más allá de los simples y aburridos dogmas de entonces (...) Vimos en Fidel la insurrección de Sandino, la respuesta de nuestras dudas, la justificación de nuestros sueños.

En la misma dirección también empezaría a gestarse una *mitología guerrillera* que, tal como ejemplificó Omar Cabezas (1982: 20) en su *best-seller* nicaragüense titulado *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, daría cuerpo a nuevos *héroes* y *líderes*:

Recuerdo lo que Leonel Rugama dijo al grupo de compañeros que estaba allí

discutiendo con él. Frunció el ceño y exclamó: -“Hay que ser como el Che... ser como el Che... ser como el Che...”-.

De esta forma, Cuba se convirtió en la *Meca* donde se solidificaban las veleidades revolucionarias de aquellos jóvenes que querían seguir la *vía cubana*. De la experiencia cubana surgió un proceso de mimesis³ que, en algunos casos, llegó casi a la simetría⁴.

Podríamos decir que la Revolución Cubana -además de la agitación y movilización de la juventud radicalizada del subcontinente- produjo un fuerte impacto en el *mundo mítico y simbólico* de la izquierda radical, ya que no fue la realidad en la que se desarrollaba la vida de cientos de estudiantes radicalizados lo que les empujó a crear efímeros grupos guerrilleros, sino el *mito* creado en torno a la victoria revolucionaria por vía de la lucha armada (González, 1984: 66). En este sentido no cambió la realidad, sino la forma de percibirla y de elaborar propuestas colectivas para su transformación.

En este sentido cabe preguntarse por qué la experiencia cubana tuvo semejante impacto. Cómo fue posible que la Revolución Cubana se interiorizara en las mentes de tantos jóvenes. La respuesta que sugieren los trabajos elaborados por Charles Tilly (1978), Jeffrey Paige (1975) y Eric Wolf (1969) es que ésta supuso un cambio en el *repertorio cultural* de la acción política en América Latina. Según dichos autores, cada actor social dispone de una oferta o *stock* de respuestas frente a los retos que les ofrece el entorno, y este *stock* puede variar como consecuencia de ciertos acontecimientos, introduciendo alternativas antes ignoradas o, simplemente, desechadas, incidiendo en la percepción de aquello que es o no social y políticamente posible. En otras palabras, podríamos interpretar el impacto de la Revolución Cubana en los siguientes términos (Wickham-Crowley, 1992: 32):

Fidel Castro consiguió redefinir las posibilidades de un triunfo revolucionario en América Latina al exponer que si Cuba, pegadita a los Estados Unidos, pudo llevar a cabo una revolución, ¿por qué no podía realizarse la misma hazaña en otros países latinoamericanos donde la presencia y los intereses estadounidenses eran menores?

Además, la dirigencia cubana no sólo se limitó a ofrecer al subcontinente “un ejemplo”, sino que -en boca de Fidel Castro y Ernesto Che Guevara- difundió la idea que hacer la revolución era el *imperativo moral* de todo revolucionario⁵ -a la vez que se preveía que el régimen cubano difícilmente podría sobrevivir si se encontraba aislado⁶. En esta dirección, a mediados de los años sesenta, Cuba se empeñó en la tarea de promover el “marxismo” bajo una nueva perspectiva donde los elementos subjetivos y voluntaristas jugaban un importante rol. Esta nueva perspectiva, calificada en la época de “nuevo marxismo” -o “marxismo tropical”, según los “marxistas científicos” (Hodges, 1986: 179)- retomó elementos acuñados por Lenin y Gramsci, a la vez que introducía ideas de pensadores latinoamericanos como Mariátegui y Martí, reinterpretándolos a la luz de la lectura de la experiencia revolucionaria cubana.

Esta reelaboración de la teoría marxiana se articuló en base a dos ejes: la supremacía de los elementos subjetivos y el imperativo de la *praxis*, ya que, según Guevara, las condiciones esgrimidas para pasar a la acción revolucionaria eran muy poco exigentes (Guevara en Moreno, 1971: 115):

Las condiciones objetivas capaces de activar el conflicto son las proporcionadas por el hambre de la gente y por la represión desatada a lo largo de los siglos (...) Lo que falta en América Latina son las condiciones subjetivas, la consciencia de que realmente existe la posibilidad de vencer al Estado a través de un conflicto armado.

De esta forma, la aportación básica de dicha interpretación era que las condiciones necesarias para el estallido revolucionario podían crearse en base a la voluntad -y posterior

actividad- de los individuos, sin necesidad de esperar a que se cumpliera ningún otro requisito. Y la respuesta a la pregunta -“¿qué hacer?”- era: -“¡enmontañarse lo mas pronto posible!”-. En otras palabras, se trataba de organizar un *foco guerrillero*⁷, pues, según Guevara (1966: 204) y Débray (1967: 34, 55, 65) “un pequeño grupo de hombres decididos y sin miedo a la muerte, con el apoyo popular, puede vencer a un ejército regular”.

El actor político que tenía que llevar a cabo dicha praxis era *la vanguardia*⁸, a quien se le confirió una dimensión mítica, casi providencial. Se trataba de “los mejores espíritus, las mejores mentes (...) aquellos moral e ideológicamente superiores, capaces de actuar y luchar por sus ideales (...) era la *minoría activadora*”. El rol del foco era amenazar la legitimidad y el monopolio de la fuerza del gobierno, convirtiéndose en el centro de atracción de la oposición al régimen. Se trataba de crear una “espiral de acción-reacción” en la cual, a medio plazo, la única opción de la oposición fuera el exilio o la guerrilla (Moreno, 1971: 118).

Esta construcción doctrinal -llamada *foquismo*-, tuvo un impacto crucial en el mundo universitario e intelectual latinoamericano; universo donde se observó un crecimiento acelerado durante la década 1965-1975⁹. El colectivo universitario, permeable a la euforia proveniente de la Revolución Cubana y a las *nuevas doctrinas*, fue el caldo de cultivo del que se nutrieron buena parte de los movimientos guerrilleros, tal como sucedió con el FSLN.

Así, en 1959, en Managua, un grupo de universitarios de provincias constituyeron la *Juventud Patriótica*, organización con vocación revolucionaria y partidaria de la lucha armada. Ésta, poco después, desaparecería disgregándose en una constelación de organizaciones del mismo carácter. Posteriormente algunas de ellas formarían el *Movimiento Nueva Nicaragua*, preludio del FSLN. Sería el 23 de julio de 1961, en Tegucigalpa, cuando se creará el *Frente de Liberación Nacional* (FLN) fruto de la voluntad de jóvenes radicales disidentes del Partido Socialista de Nicaragua¹⁰ y del Partido Conservador. Los fundadores -entre los que se encontraban Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge y Silvio Mayorga- pertenecían a la generación que observó el golpe de Estado patrocinado por la CIA contra Arbenz en Guatemala, la habilidad de Anastasio Somoza García en instaurar un régimen de carácter patrimonial y en cooptar a los cuadros del Partido Conservador, y el triunfo del movimiento 26 de Julio en Cuba.

Posteriormente, en 1962, después de las primeras campañas guerrilleras y sus correspondientes fracasos, el FLN integraría, a petición de Carlos Fonseca, el epíteto de *sandinista*, convirtiéndose en el FSLN -engrosando así la fila de organizaciones guerrilleras latinoamericanas en pos del *sendero cubano*¹¹.

La otra *doctrina* movilizadora de la época que tuvo un fuerte impacto en la creación de *nuevos movimientos sociales* y en la militancia izquierdista fue la Teología de la Liberación. Tal como expone Castañeda (1993: 243-244), en un continente donde los conflictos de clase (en el sentido marxista) siempre generaron problemas conceptuales para la izquierda, el surgimiento de doctrinas que no tenían que categorizar, analizar ni dirigir desde una *óptica de clase* significó un cambio afortunado, aunque en muchos casos también se tendió a reproducir una división de la sociedad entre pobres y ricos pues, en el fondo, los *nuevos movimientos sociales* provinieron, en gran parte, de la *nueva pobreza* generada en los procesos de desarrollo y crecimiento desigual.

En dicho contexto, el fenómeno más relevante, por estar bien anclado en la historia y el inconsciente del subcontinente fue, sin duda, la eclosión de las llamadas Comunidades Eclesiales de Base (CEB's), que transformaron radicalmente el papel de la Iglesia en varios países de la región¹².

Las nuevas ideas, junto con las innovaciones organizativas inspiradas y legitimadas por la nueva doctrina eclesial, encontraron una notable audiencia. La nueva clientela -caracterizada por su exclusión material, su reciente alfabetización y su acceso a la comunicación de masas- encontró en la *Iglesia Popular* y en su doctrina un eje en base al cual dar sentido a una existencia cada vez más precaria. En la misma dirección, el endurecimiento de muchos regímenes del área (y su respectivo incremento de la actividad represora y el consiguiente bloqueo de otras plataformas asociativas y políticas) condujeron a mucha gente hacia los movimientos eclesiales.

Así pues, la Iglesia empezó a desarrollar un nuevo rol inspirado en unas ideas diferentes de las que secularmente expresó, canalizándolas a través de estructuras organizativas altamente descentralizadas como las CEB's. Todo ello cristalizaría, tal como hemos señalado, en la llamada Teología de la Liberación¹³. En el tortuoso y siempre confuso sendero de la búsqueda de sus orígenes, diversos estudiosos coinciden en señalar la relevancia del Concilio Vaticano II (1965-1968) como punto de inflexión a partir del cual se desarrollaron y afianzaron nuevas percepciones sobre *lo religioso*. Sobre ello cabe destacar, por un lado, la aceptación *del cambio social* como un fenómeno natural y necesario (abriendo el interés de diversos teólogos hacia el análisis sociológico y, especialmente, hacia las *teorías de la modernización* y del *desarrollo*); y por otro, el énfasis en las metáforas que comparaban la *comunidad religiosa* con el *Camino del Pueblo de Dios* (renovando el interés por las imágenes bíblicas y, especialmente, las correspondientes a los profetas del Antiguo Testamento) empujando a la comunidad católica hacia el activismo político y social (Levine, 1986: 9-10).

Respecto al momento decisivo en la configuración de la Teología de la Liberación cabe destacar la Conferencia de Obispos Latinoamericanos celebrada en Medellín, en 1968, -organizada por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM). Medellín proporcionó la oportunidad de desarrollar y revisar, a nivel regional y en un contexto radicalizado, los temas abiertos en el Concilio Vaticano II y, con un especial énfasis, el tema de cómo llevar a cabo la experiencia religiosa en las condiciones históricas que ofrecía América Latina¹⁴.

A partir de Medellín muchas comunidades religiosas desarrollarían actividades en base a los principios de la identificación con los pobres (de la que surgiría la expresión de *la opción preferencial por los pobres* acuñada en Puebla, en 1979), la promoción de cambio social (donde se interpretaba la realidad económica internacional a partir de la *Teoría de la Dependencia*)¹⁵, y el cuestionamiento de la autoridad en nombre de la justicia (utilizando una perspectiva sociológica marxiana en la que se enfatizaría la lucha de clases)¹⁶. No es casual, pues, que el período posterior a Medellín la actividad eclesial se caracterizara por una notable radicalización¹⁷.

Dicho fenómeno, tal como han indicado con precisión diversos trabajos, tuvo un fuerte impacto tanto en el proceso de transformación social como en la dinámica política latinoamericana a partir de los años sesenta y que ésta supuso la emergencia de ciertas ideas y temas en las agendas públicas y en el debate político y social y, sobre todo, la emergencia de nuevas clientelas de carácter popular alrededor de instituciones religiosas y, en particular, a partir de grupos relativamente autónomos de ámbito local (Levine, 1988: 184). Y, si bien la Revolución Cubana llegó con fuerza en el ámbito universitario, la Teología de la Liberación penetró en colectivos populares que anteriormente fueron ajenos a la actividad política y, por tanto, supuso la irrupción de un nuevo sector en el ámbito de lo público.

También en Nicaragua -aunque a una escala menor que en otros países como El Salvador, Brasil o Perú- se observó el proceso arriba descrito. Así, la contribución de la Iglesia a la victoria sandinista de 1979 partió tanto de los movimientos de base social como de la jerarquía. El

entonces arzobispo de Managua, Miguel Obando y Bravo, junto con el resto de los obispos de la Conferencia Episcopal de Nicaragüense, asumió una postura cada vez más firme frente las atrocidades de la dictadura somocista. Además, miembros de la Iglesia local se comprometieron progresivamente a la causa revolucionaria, como fue el caso del cura de origen asturiano Gaspar García Laviana, quien se integró en las filas del FSLN; de los jesuitas, quienes tuvieron un rol protagónico en la formación de cuadros del movimiento revolucionario -desde la Universidad Centroamericana y la escuela de secundaria Centroamérica-; de la congregación de los Mariknoll, quienes articularían una tupida red de solidaridad con los colectivos católicos progresistas de los Estados Unidos; o a partir de iniciativas individuales como fue el caso de la comunidad campesina del archipiélago de Solentiname, dirigida por el poeta y cura trapense Ernesto Cardenal.

Cabe señalar que, en la década de los setenta, las CEB's prosperaron en los barrios pobres de León, Estelí, Nueva Segovia y Managua -en la capital sobre todo a partir del terremoto de 1972. En base a ello, en ese período, las comunidades eclesiales de base empezaron a tomar un compromiso creciente con la oposición al régimen. En 1973 jóvenes universitarios creyentes y algunos sacerdotes habían formado el Movimiento Cristiano Revolucionario (MCR), movimiento que posteriormente daría notables cuadros al FSLN (entre ellos un miembro de la Dirección Nacional, Luis Carrión). Sobre esta cuestión Carrión expuso (Carrión en Arias, 1980: 87-88):

El movimiento cristiano surgió con una serie de compañeros que comenzaron a *encarrilarse* con las teorías revolucionarias que apoyaba la Iglesia. Entonces se hablaba de *cristianismo revolucionario*. Esta cuestión la impulsaba una serie de curas jesuitas, entre los que estaban Fernando Cardenal, Uriel Molina y Félix Jiménez (...) Indudablemente, una parte del *movimiento cristiano* desempeñó después un papel muy importante.

A consecuencia de dicho compromiso, en los barrios populares capitalinos como el de El Riguero -con el padre Uriel Molina-, el OPEN 3 -con las hermanas Mariknoll-, y los de San Judas, Larreynaga, Catorce de Septiembre y Nicarao -con delegados de la palabra-, las CEBs empezaron a radicalizarse y, con ello, a apoyar la incipiente actividad del FSLN. Se trataba, tal como declaró el MCR en 1975 (MCR en Randall, 1983: 187):

[de] Eliminar la opresión y la explotación. De que los cristianos participen junto a las fuerzas revolucionarias para dar dignidad al hombre deshumanizado. De unirse al oprimido en su lucha, pues es la única forma de liberar al explotado y al explotador (...) sólo rompiendo con las relaciones basadas en la explotación del hombre se podrá construir un *hombre* y una *sociedad nueva*.

Pero no sólo eran los cristianos quienes llegaron a la conclusión de que tenían que aliarse con los revolucionarios para derrocar la dictadura y construir una *nueva sociedad*; también los segundos -en sus propios análisis de la realidad nicaragüense- vieron la necesidad de una alianza con el emergente movimiento radical cristiano, tal como se desprende de una conversación, en 1970, entre Oscar Túrcios (uno de los entonces comandantes sandinistas) y el padre jesuita Fernando Cardenal (Molina en Foroohar, 1989: 133-134):

No me interesa si crees o no en la vida después de la muerte (...) Tampoco importa si yo creo que la vida se termina con la muerte. Lo que realmente nos importa es si ambos podemos trabajar para construir aquí una vida mejor.

Sin embargo, pareciera que en Nicaragua, respecto a la militancia religiosa, los acontecimientos se precipitaron. Cuando los sandinistas tomaron el poder, las Comunidades Eclesiales de Base resultaron ser más débiles de lo que muchos creían¹⁸. Al hacerse público el conflicto larvado en el seno de la Iglesia -a partir del detonante de si podían o no participar sacerdotes en el gobierno revolucionario-, la llamada *Iglesia Popular* no pudo resistir la arrolladora ofensiva desencadenada por el Vaticano, la Conferencia Episcopal Latinoamericana y los obispos

nicaragüenses. Como factor político, el papel de la Iglesia progresista fue más importante antes del período revolucionario que durante éste; y como movimiento social nunca tuvo la amplitud y el potencial de otros países (Castañeda, 1993: 249).

Para finalizar este epígrafe es necesario hacer hincapié en la necesidad de analizar el fenómeno guerrillero nicaragüense en sí mismo¹⁹, ya que, a pesar del contexto cronológico y de las generalizaciones regionales, las experiencias históricas particulares han jugado en cada caso un importante rol (Zimmermann, 1995). En este sentido, en Nicaragua, el FSLN heredó -o supo heredar- una tradición (nacionalista y antiimperialista) y un imaginario popular que se remontaba a la revuelta de Sandino y que se oponía directa y simbólicamente al régimen a que combatía. El inspirador de dicha tarea, tal como expone Borge en un libro, fue Carlos Fonseca (Borge, 1989: 187):

Carlos se propuso investigar más a fondo el pensamiento de Sandino. Recuerdo la alegría y la severidad de sus ademanes cuando leyó *Sandino o el Calvario de las Segovias*, obra editada por Somoza con la pretensión de desacreditar a Sandino y su lucha. Somoza cometió el error de reproducir la correspondencia del guerrillero. Este fue el primer elemento bibliográfico con que contamos antes de conocer el libro de Sonfonías Salvatierra, *Sandino o la tragedia de un pueblo*. Después leímos *Con Sandino en Nicaragua*, cuyo autor es un vasco de nombre casi tan largo como el libro: Belausteguigoitia. También devoramos la obra de Calderón Ramírez, Edelberto Torres y, sobre todo, los libros de Gregorio Selser.

El FSLN pudo así actuar sobre un terreno fértil para su práctica política. Para amplios sectores del pueblo el FSLN supuso la continuación, con nuevas estrategias y métodos, de una lucha contra el imperialismo y la opresión dictatorial que databa, por lo menos, de un siglo.

La conciencia nacional del pueblo nicaragüense estuvo siempre nutrida de componentes antiimperialistas y antiautoritarios surgidos de su propia historia y recuperados por sus intelectuales más representativos -y así cabe interpretar parte de la prosa y poesía de Rubén Darío, la gesta de Benjamín Zeledón o el nacionalismo popular de Augusto César Sandino.

Todo se conjugó con la legitimidad (o, en todo caso, la reiteración) histórica que tuvo en Nicaragua la lucha armada. A este tipo de actividad habían recurrido los viejos próceres y patriarcas, los indígenas y plebeyos, los liberales y los conservadores, los tiranos y los héroes. De todo ello, a finales de siglo, la frase rubricada por Sandino de que "la soberanía del pueblo no se discute; se defiende con las armas en la mano" hizo fortuna.

2. EL FSLN: ESTRUCTURA ORGÁNICA Y ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

Una vez constituido el FSLN, la actividad guerrillera y la penetración en el medio rural tuvieron preeminencia sobre la organización, la educación política de las masas y la agitación en las zonas urbanas. La guerrilla sandinista fue -en el grueso de su historia (1961-1975)- un pequeño *foco guerrillero* en las montañas del norte y centro del país que se nutría, mayoritariamente, de cuadros estudiantiles. De este largo período, el FSLN, si bien pudo sobrevivir a diversos ataques a los que se vio sometido, obtuvo pocas victorias en el plano militar²⁰. Sin embargo, a partir de esa experiencia se difundiría una mitología referente a las montañas: la llamada *mística de las montañas*, que hablaba del marco donde se gestó la incipiente actividad guerrillera y que, posteriormente, con las divisiones que ocurrirían en el seno del FSLN, abanderaría la Tendencia de la *Guerra Popular Prolongada*. Así, tal como expone Omar Cabezas (1982: 24) en su novela, la montaña se convirtió en *algo más que una inmensa estepa verde*:

Y en la ciudad, los clandestinos y los legales, hablábamos de las montaña como algo

mítico, donde estaba la fuerza e incluso las armas. Allí estaban los mejores hombres...

Este período se convirtió en una de las referencias básicas a partir de las cuales posteriormente se establecería la *mitología sandinista*. Gioconda Belli, una de las poetas más representativas de la poesía nicaragüense en el período sandinista, escribiría:

Que se queden los otros
en medio
y reciban aplausos sospechosos;
nosotros sabemos trabajar en silencio,
sabemos fraguar la tormenta,
forjar el rayo
con el yunque que Sandino nos dejó,
nosotros sabemos, camarada,
que en las *montañas*
enterraremos el corazón
del enemigo.

De las cenizas del *foquismo* surgió, a finales de los sesenta, la primera línea estratégica elaborada del FSLN, la llamada *Guerra Popular Prolongada*. Su génesis se remonta a enero de 1965, después de que Carlos Fonseca, deportado a Guatemala, entrara en contacto con los dirigentes de la guerrilla guatemalteca Fuerzas Armadas Revolucionaria (FAR), de que Casimiro Sotelo y Carlos Reyna (ambos dirigentes sandinistas) participarán en el encuentro organizado por la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y en el foro de la *Tricontinental*, realizados en la Habana a mediados de los sesenta. Fruto de ambas experiencias se formaría otro enclave guerrillero en Pancasán, situado en la cordillera Dariense, al este de Matagalpa, intentando emular la estrategia de “guerra popular” realizada en Vietnam. Se trataba de la época en que la consigna del Ché de “crear uno, dos, tres, muchos Vietnam...” se convirtió en algo más que un *slogan*.

La actividad de guerrillera empezó en diciembre de 1966 y la tarea era la “de organizar pacientemente a los campesinos, de establecer lugares secretos de recepción y recogida de mensajes, y de construir un buen sistema de comunicaciones e información para llegar a tener el dominio político de la zona independientemente de la potencia de fuego” (Borge en García Márquez et al., 1979: 241). Sin embargo, entre mayo y agosto de 1967, la Guardia supo de su existencia y después de varias escaramuzas destruyó el foco. Así, la respuesta del régimen somocista fue rápida y contundente. Muchos miembros murieron en la montaña, dos de los máximos dirigentes fueron abatidos en Managua en noviembre, y otros -entre ellos Daniel Ortega, Doris Tijerino y Gladis Báez- fueron apresados. Así las cosas, tras la destrucción de la red urbana y los enclaves rurales, Borge y Turcios se trasladaron a Cuba, donde ya estaba Carlos Fonseca, y el resto de los miembros, Humberto Ortega entre ellos, se instalaron en Costa Rica (Nolan, 1986: 50-55).

Fue en el exilio, entre Cuba, Panamá y Costa Rica, donde el reducido grupo de sandinistas emprendió la tarea de crear un cuerpo doctrinario y una nueva estructura organizativa para el FSLN. En 1969 se formó una nueva Dirección Nacional²¹ (DN), se distribuyó el poder en base a cada uno de sus miembros y se aprobó un programa (el *Programa histórico del FSLN*) donde se estableció el ideario y los objetivos de la organización.

El *Programa Histórico* comenzaba con la definición del FSLN como “organización de Vanguardia capaz de lograr, mediante la lucha frontal contra sus enemigos, la toma del poder político y el establecimiento de un gobierno revolucionario basado en una alianza obrero-campesina y el concurso de todas las fuerzas patrióticas anti-imperialistas y oligárquicas del país”. Los objetivos planteados (a través de trece capítulos) eran la creación de un gobierno revolucionario con plena participación de todo el pueblo; la nacionalización de los bienes de

Somoza y de los que estuvieran en manos extranjeras; el control estatal del comercio exterior; la realización de una reforma agraria; la extensión de la educación pública; la creación de una legislación laboral; la integración de la Costa Atlántica a la nación nicaragüense; la emancipación de la mujer; la creación de un ejército “patriótico y popular”; la finalización de la explotación *yanky*; y el establecimiento de lazos de solidaridad “con todos los pueblos que realizan su lucha en pos de la liberación” (FSLN, 1969).

Con todo, independientemente de su temprana fundación, los analistas políticos han coincidido en clasificar al FSLN como una organización guerrillera que pertenece a la *segunda ola guerrillera* latinoamericana (cronológicamente ubicada en la década de los setenta) debido a que éste adquirió relevancia política a partir del terremoto acontecido en Managua el 23 de diciembre de 1972 y, sobre todo, a partir de 1975²², cuando el carácter hermético del régimen nicaragüense y su rechazo a cualquier pretensión reformista produjo la confluencia de buena parte de los colectivos, organizaciones y movimientos opositores hacia la canalización de su actividad política fuera de los canales institucionales que “ofrecía” el régimen²³.

Consecuencia directa de lo anterior, las élites económicas tradicionales siempre percibieron al régimen de los Somoza como -en palabras de Falcoff (1985)- el triunfo de la arbitrariedad y la mala educación. El somocismo fue *de facto* -que no premeditadamente- el único intento en la historia de Nicaragua de quebrar una estructura de poder secularmente articulada a partir de las grandes familias y de disputar a éstas su hegemonía, marginándolas del gobierno y enfrentándolas en el terreno de los negocios. Así, con Somoza Debayle (quien no tenía reparo alguno en manifestar: “yo soy empresario, pero humilde”) las élites tradicionales empezaron a articular organizaciones a partir de las cuales presionar al régimen. A pesar de ello, los partidos nicaragüenses nunca fueron capaces de recobrar cierta legitimidad; a la vez que, a medida que aumentaba la tensión, iba incrementándose la fraccionalización partidaria²⁴.

A mediados de los setenta, cuando se inició la crisis del régimen, la mayor parte de la oposición cívica se agrupó en torno a la Unión Democrática de Liberación²⁵ (UDEL), bajo el liderazgo de Pedro Joaquín Chamorro²⁶. Posteriormente, en las últimas elecciones del régimen somocista, en 1974, la UDEL optó por la estrategia de la abstención -“¡No hay por quien votar!” sería la consigna- y planteó un “Diálogo Nacional” donde se exigía al régimen unas “demandas mínimas” hechas públicas en el periódico *La Prensa*²⁷.

Fue en ese período (durante los años previos a la insurrección, y a la luz de dos escisiones que se produjeron en el seno del FSLN) cuando los sandinistas desarrollarían actividades de penetración activa en diversos colectivos urbanos marginales, sectores medios ilustrados y progresistas e, incluso, en círculos de la alta sociedad.

Las dos escisiones acontecidas en el seno del FSLN fueron producto, en gran medida, de la desconexión y alejamiento de los miembros del Frente Sandinista a causa de la represión del régimen somocista -que supuso para muchos miembros el exilio, la prisión, o la eliminación física. Esas circunstancias hicieron que las discrepancias sobre cuestiones estratégicas u organizativas no se pudieran debatir ni zanjar entre los dirigentes y que, al cabo de un tiempo (después de diversos conflictos intestinos) terminaran por configurarse diversas tendencias: la *Tendencia Proletaria* (TP o *proles*) y la *Tendencia Insurreccional* o *Tercerista* (TI o *terces*) que, junto a la existente (calificada como la *Guerra Popular Prolongada*, GPP o *comemonos*, y de la que ya hemos expuesto sus principios y planteamientos) terminarían por constituir las tres tendencias del FSLN.

La TP, encabezada por Jaime Wheelock²⁸ (quien se había formado en la CEPAL de

Santiago de Chile durante el período de Allende y, posteriormente, en Leipzig), planteaba priorizar una estrategia *obrerista* en apoyo a los sectores obreros y semiproletarios de las áreas urbanas, a la vez que interpretaba la realidad nicaragüense desde una “perspectiva de clase”. En las dos obras más importantes de Wheelock, *Raíces indígenas de la lucha anticolonial en Nicaragua*, e *Imperialismo y dictadura*, éste elaboraría un análisis donde primaría el estudio las “condiciones concretas y objetivas” y el “análisis clasista”. En *Imperialismo y dictadura* el argumento que Wheelock expondría (a partir de un estudio de las comarcas cafetaleras de Las Segovias) era el de que en Nicaragua, debido a la expansión de la agroindustria, el campesinado de cuño tradicional había desaparecido y que, en su lugar, había nacido un nuevo sector proletarizado, y que era éste último el que aportaría las masas dispuestas a llevar a cabo la revolución. En base a estas premisas Wheelock acusó de románticos y pequeño-burgueses a quienes continuaban desarrollando la guerra de guerrillas en las montañas y les cuestionó el epíteto de *Vanguardia Popular* (Nolan, 1986: 79-83).

En reacción a los argumentos y acusaciones de Wheelock, parte de la dirección política del FSLN se reafirmó en sus postulados fundacionales (es decir, el *foquismo*) y, en octubre de 1975, expulsó formalmente a quienes comulgaban con los nuevos análisis. De esta expulsión surgió la llamada *Tendencia Proletaria*, organización que continuaría su actividad política en la zona algodонера del noroccidente del país.

Poco después, en medio del desorden generado en el seno del FSLN, se produjo otra escisión. La segunda escisión se dio a inicios de 1977, cuando Humberto Ortega convenció a la mayor parte de la dirección sandinista de que las condiciones de una guerra civil insurreccional estaban ya presentes en Nicaragua²⁹ (Ortega, 1981). La estrategia de los *terceristas* residía en la incorporación de élites políticas civiles y de colectivos populares urbanos en el proceso insurreccional.

La diferencia más marcada entre los *terceristas* y las otras dos tendencias radicaba en “los ritmos de la revolución”. Tanto la GPP como los *proles* coincidían en señalar el bajo nivel de conciencia revolucionaria del pueblo y, consiguientemente, del carácter prolongado y *pedagógico* de la lucha. Contrariamente, los *terceristas* sostenían que “la hora de las acciones trascendentales se estaba acercando”. En el libro *Cincuenta años de lucha sandinista* Humberto Ortega exponía que desde los años setenta la sociedad nicaragüense había sufrido una rápida radicalización y que el FSLN tenía que capitalizarla (Ortega, 1981). Se trataba, tal como expuso Orlando Núñez (1981: 5-6) de que:

En América Latina no se puede esperar que las condiciones objetivas originen las contradicciones, y que, a su vez, engendren la consciencia marxista a partir de la cual queremos que se guíe nuestra lucha revolucionaria (...) No es posible posponer la toma del poder en beneficio del proletariado hasta el día ilusorio en que acuda a nosotros un ejército de trabajadores luciendo el uniforme de proletario...

En referencia a la tarea de captar el apoyo de las élites civiles hacia la estrategia revolucionaria los *terceristas* encomendaron a Sergio Ramírez -miembro del FSLN desde 1975- articular una tupida red de contactos con personalidades de la vida económica e intelectual nicaragüense y latinoamericana con el objetivo de obtener recursos económicos y materiales para la ofensiva insurreccional. En esta dirección, Ramírez describió parte de su tarea conspirativa en la que -como sucedía a menudo en América Latina- los intelectuales jugaron un notable protagonismo³⁰ (Ramírez, 1994: 106-108):

Ya *Cien años de soledad* tenía una década de andar por todas las barberías del Caribe con sus lomos desgastados, cuando encontré por primera vez a Gabriel García

Márquez. Era el mes de septiembre de 1977 y yo viajé a Bogotá delegado por el Frente Sandinista para proponerle que se enredara en una conspiración que tenía mucho de fantasioso para derrocar a Somoza; tan fantasiosa como para que *Gabo* aceptara sin vacilar el papel que le asignábamos, y tan verdadera que dos años después entrábamos victoriosos en Managua (...) le dije a *Gabo* que el Frente Sandinista lo necesitaba para que viajara a Caracas a convencer al presidente Carlos Andrés Pérez de que reconociera a un gobierno provisional, que aún no existía, y que se instalaría en octubre en el poblado de Cárdenas, en la frontera con Costa Rica, apenas las columnas guerrilleras que se entrenaban en secreto asaltarán los cuarteles de San Carlos, Rivas y Masaya (...) *Gabo*, apasionado como siempre ha sido de las conspiraciones improbables y secretas, llevó al presidente venezolano una carta sellada con el sello falso del gobierno fantasma fabricado en San José de Costa Rica.

En la enredada tarea de seducir una parte de la élite nicaragüense opuesta a Somoza, los sandinistas se valieron de múltiples contactos que iban desde las afinidades políticas hasta lazos consanguíneos³¹. En este sentido destaca, por ejemplo, que los hijos de las dos personas más acaudaladas del que se calificaría como *Grupo de los Doce*³² -Joaquín Cuadra Chamorro y Emilio Baltodano Pallais- eran dirigentes de la facción tercerista del FSLN. Así, en una entrevista concedida al *New York Times*, Cuadra Chamorro relató el encuentro que tuvo con su hijo en Honduras en mayo de 1977³³:

Me explicó que el socialismo no era posible de manera inmediata, lo cual me pareció una opción sensata y realista. Además, dijo que los guerrilleros querían aliarse con otros grupos y que yo podía desempeñar un valioso papel para ello. Por lo tanto, llegamos a un acuerdo sobre la clara comprensión de que el socialismo no era posible en Nicaragua. Vi que mi papel consistía en tratar de rescatar a nuestra juventud de las posiciones extremistas... Mi hijo me hizo ver la necesidad del cambio en Nicaragua. No podemos ignorar la lección que representa el sacrificio de nuestros hijos si queremos ver algún tipo de progreso en nuestro país.

En cuanto al programa político elaborado por los *terceristas*, tras la decisión de buscar vínculos y alianzas con la burguesía, se redactó un documento llamado *Plan Mínimo de Gobierno*³⁴ basado en tres principios básicos: pluralismo político, economía mixta y no alineación internacional. Inmediatamente después de la redacción del citado documento, los sandinistas se pusieron a buscar adhesiones políticas sobre la base de las cuales confeccionar el ya citado *Grupo de los Doce*³⁵ (Christian, 1986: 45).

En ese contexto, la *Tendencia Insurreccional* "trasladó" la gravedad de la lucha hacia las zonas urbanas. Así las cosas, la agitación se concentró progresivamente en las ciudades y, mientras el FSLN aglutinaba y catalizaba las masas insurrectas de los barrios, éstas le daban un matiz claramente urbano. La dirigencia sandinista (tal como sucedió en las cúpulas de los movimientos guerrilleros de la *segunda ola*, como el M-19 y las diferentes organizaciones salvadoreñas) se percató de la súbita aparición de *nuevos sujetos sociales urbanos* -producto de las transformaciones económicas acaecidas durante las dos décadas anteriores- y de la necesidad de establecer diversas alianzas con ciertos sectores de las élites socio-económicas.

Se trataba de una coyuntura en que la sociedad nicaragüense se politizaba rápida e intensamente. Y esta radicalización fue encauzada por el FSLN. Un FSLN que, ante todo, era un actor político que se caracterizaba por el desarrollo de una actividad específica (la lucha armada) en un ambiente determinado (el marco hostil y represor del régimen somocista), y por un objetivo (la obtención del poder).

En ese período el FSLN era una organización de carácter político-militar altamente centralizada, construida a partir de enlaces verticales, y compartimentos rígidos y estancos. La dirección, desde su nacimiento, tomó la forma de una jerarquía militar. Los órganos intermedios se

configuraron en torno a las divisiones administrativas del país, apareciendo así los Comités de Dirección Departamental y Zonal -directamente subordinados a la Dirección Nacional (máxima autoridad política y militar). Las unidades de base eran la *milicia* -que quedaba integrada a comandos y a columnas guerrilleras-, y la *célula* -exclusiva de áreas urbanas. Los militantes, dado el carácter clandestino de la organización, se comprometían a un conjunto de responsabilidades que suponían una dedicación exclusiva y disciplinada, casi religiosa³⁶. Tal como hemos expuesto en anteriores trabajos (Martí, 1992), retomando el análisis que estableció Duverger (Duverger, 1961) al contrastar las categorías *Gemeinschaft*, *Gesellschaft* y *Bund*, cabría clasificar el FSLN en la tipología de *Bund*, en tanto que colectivo creado deliberadamente, de carácter casi-sagrado, la adhesión al cual requiere un compromiso que orienta la totalidad de actos de los miembros.

El tamaño (número de miembros) del FSLN fue, durante todo este período, muy reducido. Durante la década de los sesenta y la primera mitad de los setenta la organización difícilmente llegó a los 150 miembros, entre *legales* y *clandestinos*, aumentando sensiblemente si se tiene en cuenta a los *colaboradores*. A partir de 1977, con la progresiva descomposición de régimen somocista y las diferentes convocatorias insurreccionales, se observó un crecimiento sustancial de la organización. Con todo, después de realizar un recuento exhaustivo de todos los miembros y colaboradores de las tres tendencias, la cifra no llegó a los 500 (Arce en Invernizzi et al., 1986).

Referente a la *estructura del poder organizativo*³⁷, ésta se caracterizó -fruto de reducido tamaño y su articulación altamente jerarquizada- por su simplicidad: los *recursos del poder organizativo* se concentraban y gestionaban en la cúpula partidaria. Una cuestión de vital importancia fue la naturaleza de las relaciones entre el Frente y su *entorno organizativo* -dícese de las Organizaciones de Masas de orientación sandinista-, muchas veces creadas bajo el auspicio del propio FSLN. Esta relación se caracterizó por la dependencia de las organizaciones a favor de los intereses del Frente y en función de la lucha armada. En este sentido, la articulación entre guerrilla y *movimiento popular*, en Nicaragua, tuvo un proceso inverso al acaecido en la mayoría de países de América Latina y, en especial, a los casos salvadoreños y guatemaltecos, donde primero fue la activación del movimiento popular y posteriormente la vinculación o creación de organizaciones guerrilleras -el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador y la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en Guatemala. Así pues, las organizaciones de masas, en tanto que apoyaban la lucha contra la dictadura, se adherían y subordinaban a las directrices del Frente³⁸.

Esta visión de organización centralizada, reducida y altamente jerarquizada no fue, en ningún caso, ajena al contexto en que desarrolló su actividad. La hostilidad del entorno, altamente represivo, exigió una cohesión organizativa sin la cual se hubiera puesto en cuestión la misma supervivencia organizativa. No es gratuita, en este sentido, la expresión acuñada en Nicaragua antes del triunfo de la insurrección de que “en Nicaragua ser joven era un delito”. Y así lo plasmó Ernesto Cardenal uno de sus poemas:

Eran
de 20, de 22, de 18, de 17, de 15 años.
Los jóvenes matados por ser jóvenes. Porque
tener entre 15 y 25 años en Nicaragua era ilegal.
Y pareció que Nicaragua iba a quedarse sin jóvenes.

3. MOVILIZACIÓN E INSURRECCIÓN

El FSLN, tras un espectacular secuestro realizado en noviembre de 1974 (mediante la

cual obtuvo fondos económicos, difusión de manifiestos y propaganda, y la liberación de varios presos)³⁹ sufriría sucesivos descalabros. Hasta finales de 1977, cuando se iniciaron una serie de ataques generalizados en diferentes zonas del país, el Frente nunca fue considerado como un actor político relevante. Sus acciones, si bien tuvieron un *efecto de demostración* con el que ganaron la simpatía y el reconocimiento de muchos nicaragüenses, nunca, hasta entonces, tuvieron una continuidad y sistematización suficiente como para pensar en la posibilidad de convertirse un agente político que ofreciera una alternativa plausible al régimen que empezaba a resquebrajarse.

En 1977, con la administración Carter y su retórica sobre los *derechos humanos*, la política norteamericana de defensa del *status quo* en América Central hizo un paréntesis⁴⁰. Buen ejemplo de ello fue la primera aparición de Jimmy Carter en el Consejo Permanente de la OEA, en marzo de 1977, desde donde expuso su decisión de vincular el apoyo militar a los regímenes latinoamericanos a su conducta en el campo de los derechos humanos. Sobre dicha base, el gobierno nicaragüense vio como el 28 de marzo de 1977 se le suspendía la ayuda militar debido a un informe del Congreso norteamericano sobre la conducta de la GN (Bataillon, 1996).

Desde entonces, las diferentes facciones de la oposición empezaron a movilizarse y, a un día de la partida de Somoza Debayle hacia Miami para una intervención coronaria, la UDEL publicó un programa para “la democratización del país” y el *Grupo de los Doce* expuso la necesidad de crear un gobierno provisional. En octubre del mismo año, el FSLN lanzó dos operaciones militares en San Carlos (el 13) y en Masaya (el 17), a la vez que el *Grupo de los Doce* afirmaba la necesidad de recurrir a las armas para derrocar a la tiranía. A partir de dichos acontecimientos el desgobierno fue *in crescendo*.

El detonante de la crisis del régimen fue, sin embargo, el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro el 10 de enero de 1978. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro (que rápidamente se atribuyó al hijo mayor de Somoza Debayle -el *Chigüin*-) no sólo agravó las tensiones existentes en la sociedad nicaragüense, sino que dio una nueva lectura a la crisis. Como calificó Robert Pastor -que en aquel entonces ejercía como Consejero de Asuntos Latinoamericanos en el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos- dicho acontecimiento supuso un salto cualitativo de los acontecimientos políticos: se pasó de una *crisis política* a una *crisis revolucionaria* (Pastor, 1988: 59). Pues, si bien todo el mundo conocía las prácticas represoras y la impunidad con que la GN (apodada *la genocida*) asesinaba a los opositores; las élites económicas y los miembros de las *grandes familias* siempre habían considerado asegurada su integridad física y su capacidad de discrepar públicamente con régimen. Esta forma de actuar formaba parte de un “acuerdo” no escrito (de la misma forma que *había* determinados sectores económicos donde los Somoza “no debían” inmiscuirse), pero “este acuerdo” se violó con el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, ya que Pedro Joaquín era descendiente de presidentes, caudillos y generales. Su asesinato significó que ya no estaba garantizada la capacidad de las élites de discrepar ni (y esto era mucho más grave) su seguridad. Consiguientemente cundió el pánico entre los diversos sectores de la burguesía, a la vez que, tal cómo expuso Carlos Vilas (1984: 131) “la falta de horizontes de la burguesía era tanto más grave cuando se hacía evidente que tampoco la victoria del FSLN le auguraba un provenir más propicio”.

Fue en ese contexto cuando, después de diversos alzamientos populares duramente reprimidos (en el que destacó el de Monimbó), en agosto de 1978, el FSLN consiguió su mayor *golpe de efecto*: el secuestro de la Asamblea Nacional⁴¹.

A raíz de esta hazaña y de la condena a Somoza desde todas las esferas internacionales

los sandinistas multiplicaron sus contactos, recursos y armas. A partir de entonces, los acontecimientos se encadenaron: estallaron revueltas en Matagalpa y Jinotega (del 27 de agosto al 2 de septiembre); el Frente Amplio Opositor (FAO) -creado en julio de 1978, a partir de el *Grupo de los Doce*, el PLI, el MLC, la ANC, el PSN, el PCN, el PSC, el PPSC, diferentes confederaciones sindicales vinculadas a dichos partidos, y el recién creado Movimiento Democrático Nicaragüense⁴² (MDN)- convocó una huelga general; y (entre el 9 y el 20 de septiembre) diversos comandos sandinistas empezaron a atacar destacamentos de la GN en diferentes localidades de los departamentos de Managua, Masaya, León, Chinandega, Chichigalpa y Estelí -acontecimiento, este último, que se conocería como la *insurrección de septiembre*. Así, a finales de 1978, se gestó una dinámica donde diferentes actores se disputarían el control de los resortes del Estado, es decir, utilizando un término acuñado por Tilly (1978: 198) se abría un escenario político de *soberanía múltiple*.

En ese contexto la intransigencia y terquedad de Somoza redujo a dos las opciones de la oposición civil al régimen: aliarse con los sandinistas, o hacer las paces con Somoza. Pero esta última, con el paso del tiempo se hacía cada vez menos plausible. El 13 de septiembre el gobierno proclamó el estado de sitio y la represión desencadenada por la GN se incrementó.

Por otro lado, la capacidad de confección de alianzas por parte del FSLN fue inesperadamente efectiva. En este sentido, la división del FSLN en diferentes tendencias supuso una *sectorialización* del trabajo. La Tendencia *Proletaria* y la Tendencia *Guerra Popular Prolongada* lideraron las alianzas donde se integraban partidos de izquierdas y organizaciones de carácter popular. La Tendencia *Tercerista*, por su lado, estableció múltiples conexiones con sectores de la oposición civil moderada y creó una amplia red de contactos internacionales⁴³. En este sentido, el genio de los sandinistas fue tejer un amplio abanico de contactos (tanto a nivel nacional como internacional) con sectores y grupos políticos y sociales que tenían como único denominador común su declarado antisomocismo. En este marco, "la sabiduría política del FSLN consistió en aglutinar un complejo caleidoscopio de perspectivas y catalizarlo contra la dictadura" (Vilas, 1991: 32).

Fue en diciembre de 1978 cuando las tres tendencias del FSLN comunicaron la existencia de un acuerdo de coordinación de sus acciones. El 13 de marzo, después de cinco años de discrepancias y conflictos, se unificaron las tres tendencias, formando una Dirección Nacional Conjunta de 9 miembros⁴⁴ -tres de cada tendencia- y colocando todos sus efectivos bajo una conducción única. En ese mismo período, el FAO se resquebrajó como consecuencia de los diferentes posicionamientos existentes en su seno respecto a cómo actuar frente a la crisis. De la alianza de una parte de los sectores antes pertenecientes al FAO y al MPU surgió el Frente Patriótico Nacional (FPN).

Mientras avanzaba el tiempo, la iniciativa de la oposición civil iba reduciéndose en aras de una mayor hegemonía y capacidad estratégica del FSLN. Y así lo explicitó Tomás Borge (1979: 26-27):

Se hicieron la ilusión de que el FSLN se debilitó política y militarmente después de la ofensiva de septiembre. Los sectores reaccionarios del gobierno norteamericano y Somoza se equivocaron. Por eso la maniobra de mediación fracasó rotundamente. En Nicaragua hay una guerra. Nos hemos fortalecido hasta el punto de estructurar un ejército revolucionario, popular y sandinista para ganar el poder y sustituir la Guardia Nacional (...) El FSLN estuvo dividido pero se ha unido alrededor de cuestiones políticas concretas. No es una alianza política. Es una unidad estratégica que sienta las bases para llegar a corto plazo a la unidad orgánica total. En el pasado había divergencias en cuanto a estrategias y tácticas. Hoy estamos de acuerdo sobre

quienes son nuestros amigos y nuestros enemigos. El FSLN tiene un programa político común. Apoyamos al FPN cuyo eje central es el MPU. Del FPN saldrá un gobierno provisional, popular y amplio que el FSLN apoya (...) La unidad sandinista ha llegado al acuerdo de formar un ejército revolucionario. No puede haber revolución en ninguna parte del mundo sin un ejército que garantice la lucha y el triunfo.

El *acuerdo de unidad* del FSLN (firmado en febrero) se difundió en el interior y en el exterior del país -se publicó en la revista cubana *Bohemia* y en la revista panameña *Diálogo Social*- con el objetivo de dar a conocer la noticia de la unidad de las tres tendencias sandinistas y su estrategia política y militar. Y aunque dicho documento se anunció como un acuerdo de consenso entre las tres tendencias, los *terceristas* obtuvieron preeminencia tanto en su concepción estratégica como en sus directrices programáticas⁴⁵.

A partir de mayo, los pueblos y ciudades del norte fueron cayendo en manos de los sandinistas, que llevaban ya varios meses entrando y saliendo de ellas. El hecho de que el régimen perdiera el control de las poblaciones situadas en el norte del país no fue casual. Tal como expuso René Vivas (Vivas en Arias, 1980: 110):

Hubo que tomar en cuenta la coyuntura internacional, en ese momento los países que más *pleitos* tenían con Somoza eran Costa Rica y Panamá. Somoza sabía que por allí los sandinistas se movían con facilidad. Por eso Somoza tenía interés en cuidar Rivas y Río San Juan. Éste sabía que en Honduras, en Guatemala y en El Salvador, los sandinistas no teníamos apoyos. Eso lo llevó a crear líneas militares mucho más consistentes en el sur.

La conquista más importante fue León, segunda ciudad de Nicaragua, a mediados de junio. Los enfrentamientos, sin embargo, continuaron en todo el país. En este sentido, la revolución sandinista llamó la atención por la amplitud e intensidad de la participación de las masas en la estrategia insurreccional del FSLN. En todo el proceso insurreccional miles de ciudadanos, sin adscripción política definida, fueron incorporándose en los órganos que *sobre la marcha* el FSLN iba construyendo (los Comités de Defensa Civil, los Comités de Defensa de los Trabajadores, las Milicias, las Brigadas...). Aunque de forma bastante simple, un dirigente sandinista dio razón de este fenómeno aduciendo que (Ortega en Arias, 1980: 173-174):

Fueron veintidós largos años en los que el sandinismo logró, con su ejemplo, hegemonizar la crisis política del somocismo. Éste fue nuestro principal logro: el habernos ganado la autoridad, el cariño y la confianza del pueblo. Nosotros no habíamos logrado ni si quiera una estructura partidaria, ni un aparato de agitación intermedia de masas, y mucho menos una organización militar. Lo que habíamos logrado, sin embargo, era lo fundamental: la autoridad política y moral.

Como expusieron posteriormente militantes sandinistas, la organización de grandes colectivos fue intensa, pero relativamente fácil. La predisposición con que grandes sectores de la población se incorporaron a la insurrección fue producto a varios factores. Entre los coyunturales -posteriormente intentaremos analizar los estructurales- cabe destacar el progresivo apoyo que dio la Iglesia Católica a la insurrección y la reacción a la cruenta represión que llevó a cabo la Guardia Nacional. En referencia a este fenómeno es gráfica la declaración de una madre nicaragüense a sus hijos durante la insurrección (Vilas, 1984: 167):

Y yo les dije a mis *chavalos* que mejor se metían en el Frente, porque si no, de todos modos la Guardia me los mataba, por ser jóvenes, no más, figúrese.

En la misma dirección, un dirigente sandinista expuso (Arias, 1980: 194):

Ya a principios de julio la gente se estaba organizando en los Comités de Defensa Civil, básicamente a través del Movimiento del Pueblo Unido. Fue un trabajo intenso de organización. En los barrios populares de Ducualí, Meneses y María Auxiliadora, que quedaban dentro de la zona oriental de Managua, ocupada por el Frente, la respuesta

de la gente fue realmente espontánea y nosotros solamente teníamos que canalizarla.

Como ya es sabido el desenlace fue, para el antiguo régimen y para los intereses de la administración norteamericana, el peor de los posibles. Después del repudio generalizado por la comunidad internacional⁴⁶, Somoza abandonó el país cediendo el poder al Congreso de la República. Francisco Urcuyo, un político allegado a la familia Somoza, fue elegido nuevo presidente de la República por el Congreso. Éste, creyéndose *presidente constitucional*, declaró su intención de agotar el mandato establecido legalmente hasta 1981 y ordenó a la Guardia Nacional que continuara la guerra. La reacción de Urcuyo supuso la imposibilidad de establecer ningún nexo de continuidad entre el régimen somocista y el nuevo poder emergente, así como la rendición incondicional de la Guardia Nacional.

En breves instantes se vino a bajo la estrategia cuidadosamente articulada por los esmerados *policymakers* norteamericanos. El resultado final, sin embargo, guarda relación con las enseñanzas que, en su día, expuso el florentino Niccolo de Machiavelli en su obra *El Príncipe*: “cuando el *pueblo* toma las armas contra ti, poca será la ayuda que te puedan ofrecer los aliados extranjeros”.

En este caso, sin embargo, cabe preguntarse ¿quién fue ese *pueblo* que salió a la calle y tomó las armas? ¿a raíz de qué lo hizo? y ¿quién lo movilizó, lo empujó e intentó organizarlo? Las tres son cuestiones necesarias para analizar el proceso insurreccional y para -posteriormente- comprender el proceso revolucionario y (cómo no) contrarrevolucionario.

La insurrección sandinista llamó la atención por la amplitud y la intensidad de la participación popular, y ello se refleja claramente en el excelente trabajo de Vilas (1984). Dicho trabajo ilustra claramente el perfil del *sujeto social* de la revolución sandinista (Vilas, 1984: 144-164). Por un lado, nos señala la extrema juventud de los participantes⁴⁷ (el 71% tenía entre 15 y 24 años, una proporción casi 3 veces más alta que el peso de ese mismo grupo en la pirámide de edad, y el 20% era menor de 20 años) y, por otro, el predominio de los hombres en la actividad militar⁴⁸. En cuanto al perfil ocupacional de los *insurrectos* -tal como demuestra la tabla 1- los estudiantes constituyeron la primera fuerza con un 30%, seguidos por la llamada *gentes de oficio* (categoría que engloba artesanos, empleados en talleres y trabajadores por cuenta propia) con un 22%. La presencia de obreros (clasificados como obreros y jornaleros, y empleados y oficinistas y donde una importante proporción eran aprendices), fue baja no sólo respecto a los estudiantes y *gentes de oficio*, sino también respecto a lo que podría esperarse de acuerdo con algunos tópicos manejados por los teóricos sobre revoluciones en países periféricos. Finalmente, la constatación de la reducida participación de campesinos y agricultores fue consistente con el carácter eminentemente urbano de los tramos finales del proceso insurreccional.

De esta forma, el *sujeto social* de la insurrección tuvo un carácter más *popular* (en el sentido amplio de masas trabajadoras) que *proletario* -en esta dirección se trataría más de *pobretariado* que *proletariado*. Tal como se desprende del cuadro, la pequeña producción y el trabajo no asalariado emergió como la principal fuerza social del proceso. Estos dos sectores socio-ocupacionales constituyeron la mayor parte de los participantes directos involucrados en la insurrección, ya que si bien es cierto que los estudiantes (de educación universitaria y secundaria) fueron el mayor contingente numérico éstos eran, en gran medida, hijos de la facción social antes mencionada.

De lo expuesto se desprende que la “nota característica” de la facción social que se sumó al proceso insurreccional fue la *precariedad* y la *incertidumbre respecto al futuro*. Se trataba del alzamiento de un contingente urbano contra un futuro sin perspectivas y donde la *pobreza* (como

síntesis del creciente desempleo, trabajo inestable, vivienda precaria...) estaba presente en las mentes de los insurrectos. En definitiva, el *sujeto social* que se sumó al último tramo de la lucha contra Somoza fue el de los colectivos urbanos que, en palabras de Vilas (1980), *no tenían un lugar bajo el sol*.

Tampoco es casual que la *materia prima* de la insurrección no fuera substancialmente diferente de *aquella* que protagonizó los alzamientos populares contra el desarrollo del capitalismo industrial en la Europa de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, tal como se desprende de los clásicos trabajos de Barrington Moore, Erick Hobsbawm o E.P. Thompson:

Proletarios podían ser tanto habitantes del campo como pobladores de la ciudad. Era, además, gente desarraigada y carente de lugar reconocido en el sistema de *status* existente. De ahí que a veces se incluyera en el proletariado a gente dedicada a la educación y al arte. Otras veces se incluía a jornaleros, artesanos independientes, y pequeños comerciantes. La marginalidad era otro rasgo importante: eran marginales en el sentido de ser expulsados del orden de *status* tradicional, y también en el sentido de ser muy pobres. Pero no en el sentido de no desempeñar un papel significativo en la economía (Moore, 1978: 134).

La clase trabajadora que aparece en Inglaterra hacia 1810 y en Francia desde 1830 fue, más bien, un frente común de todas las fuerzas y tendencias que representaban a los trabajadores pobres, principalmente los urbanos (...) La jefatura del nuevo movimiento reflejaba un estado de cosas parecido. Los trabajadores pobres más activos, militantes y políticamente conscientes, no eran los nuevos proletarios de las factorías, sino los maestros, los artesanos independientes, los autoempleados (Hobsbawm, 1962: 97).

Las masas populares urbanas de Nicaragua del último tercio del siglo XX, sin embargo, no eran hijos del pasado, sino de las nuevas modalidades de penetración del capital multinacional en la periferia del capitalismo mundial; de ese capitalismo que -tal como observamos en el capítulo anterior- en poco más de una generación alteró de forma drástica las condiciones de vida de grandes colectivos del país.

Otro fenómeno es el que pretende dar respuesta a las cuestiones de *¿a raíz de qué* esos colectivos urbanos salieron a la calle? Obviamente, existen múltiples elementos a tener en cuenta, siendo unos de carácter más estructurales y otros más coyuntural. En referencia a los de carácter estructural destacó, en primer lugar, el impacto del desarrollo acelerado y desigual de la economía nicaragüense a partir de los años cincuenta (que se tradujo, para grandes sectores de la población, en una profunda desarticulación de sus condiciones de vida y de sus valores). En segundo lugar figuró la presión que generó, a lo largo del tiempo, el régimen somocista sobre amplios colectivos. Dicho régimen -sin quererlo y de manera contradictoria- terminó por desarrollar una consciencia popular en la que el rechazo a la miseria, a la falta de trabajo y de tierra, se sumó al repudio de las particularidades del somocismo, a saber, de la arbitrariedad policíaca, la corrupción y la exclusión política.

A nivel coyuntural, cabe destacar tanto la amplia movilización que supuso el estallido insurreccional como -tal como vimos- el carácter indiscriminado de la represión. La rebeldía activa y la participación personal y directa en la lucha revolucionaria terminaron convirtiéndose en una cuestión defensiva -de vida o muerte- para la mayor parte de la población. De esta forma, cuando ser víctima de la represión dejó de ser algo que le podía suceder *a otro* (porque era "agitador" o "subversivo", o porque "se la estaba buscando") y pasó a ser algo que le podía ocurrir a cualquiera aunque se quedara en casa; quedarse en casa ya no tenía sentido ni servía como defensa. En ese contexto, el miedo a la represión como algo extracotidiano se transformó en certidumbre cotidiana y abrió paso a la necesidad de la "defensa activa" (Vilas, 1984: 163). Se trataba -tal como

expusieron muchos insurrectos en el trabajo de Maier (1980: 122)- de la actitud de -“yo me metí a *volarle verga* porque si no nos iban a matar igualmente como *pendejos*”-.

Finalmente, en la respuesta a las preguntas de *¿quién* movilizó, empujó o intentó organizar al *pueblo*? cabe hacer referencia al rol ejercido por el FSLN, ya que después de la muerte de Pedro Joaquín Chamorro se terminó la ilusión de que eran posibles los cambios y reformas dentro del sistema vigente y, con ello, irrumpió la convicción de que ya no había otra oposición que la que venía desempeñando el FSLN desde hacía casi veinte años. En ese sentido, el análisis del desplome del régimen somocista no pasa sólo por el “carácter primitivo del dictador” o por “los errores del enemigo imperialista” (Wickham-Crowley, 1992), sino también por la capacidad de las fuerzas populares de encontrar estrategias e instrumentos para potenciar su lucha (Vilas, 1984).

Así, el protagonismo de los colectivos insurrectos fue la fructificación del trabajo y de la organización desarrollada por el FSLN durante largos años. El FSLN dio espacios y medios a estos colectivos para que sus reivindicaciones surtieran efectividad; y éstos -al salir a la calle- le dieron el *poder*. Pero también dieron al Frente Sandinista un sustrato social, una base humana, un discurso, un imaginario, unas demandas y un *rostro*. Ese *rostro*, eminentemente urbano, daría *carne* a la Revolución Popular Sandinista y ésta le cedería el discurso, lo integraría en las instituciones y realizaría políticas públicas a su favor. Su reverso, sin embargo, sería un sector de los colectivos campesinos de las zonas rurales de la frontera agrícola que, si bien compartía con sus homólogos urbanos el marco de la subordinación y la pobreza, diferían en cuanto a su actitud, simbología y demandas.

Tabla 1
Ocupación de los participantes en la insurrección

Ocupación	%
Estudiantes	30'0
Gentes de oficio	22'2
Obreros y jornaleros	16'0
Empleados y oficinistas	16'0
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	7'0
Pequeños comerciantes, buhoneros	5'0
Campesinos, agricultores	4'5
Otros	0'5
Total	100%
	(n=542)
Ignorados	98

Fuente: Vilas, 1984: 151.

NOTAS

1. El 17 de marzo de 1957, el líder comunista cubano Juan Marinello dio una carta al corresponsal del periódico *New York Times*, Herbert L. Matthews, en la que expresaba su opinión sobre el Movimiento 26 de Julio. En ella se observaba una actitud contraria hacia las acciones violentas y provocativas desarrolladas por tal organización (Matthews en Goldenberg, 1965: 166):
Nuestra actitud frente al Movimiento 26 de Julio es matizada. Pensamos que este grupo tiene buenos propósitos, pero desarrolla tácticas erróneas.

No menos suave fue la declaración del Partido Socialista Popular (PSP), quien era el interlocutor válido y oficial del comunismo en Cuba, cuando los barbudos de Sierra Maestra -calificados por el PSP como *pequeños-burgueses putschistas*- entraron en La Habana.

2. Según Castañeda (1993: 68), la Revolución Cubana inauguró un ciclo de la izquierda latinoamericana que llegaría hasta la pérdida de las elecciones del Frente Sandinista en 1990.
3. Durante los primeros años del decenio de los sesenta surgieron numerosos movimientos guerrilleros por toda América Latina. En dicho período -calificado por Débray como "los años del heroísmo efervescente"- además del establecimiento y consolidación de grupos guerrilleros en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú y Bolivia, se realizaron intentos -frustrados y etéreos- en Paraguay, Ecuador, Nicaragua y Argentina. También se intentó establecer una guerrilla urbana en la República Dominicana y un movimiento de ligas campesinas en Brasil. Para un amplio análisis de la *primera ola* de movimientos guerrilleros latinoamericanos (1956-1970) ver la obra de Wickham-Crowley (1992: 3-48).
4. Por ejemplo, el secuestro de un famoso futbolista realizado por la guerrilla venezolana Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), en 1963, con el objetivo de dar publicidad al movimiento guerrillero y su causa, recordaba al realizado por el Movimiento 26 de Julio al automovilista Juan Manuel Fangio cinco años antes (Wickham-Crowley, 1992: 31).
5. Al poco tiempo del triunfo revolucionario -el 27 de enero de 1959- en unas declaraciones a la asociación *Nuestro Tiempo*, en La Habana, Guevara expuso su opinión sobre las implicaciones que la Revolución Cubana había supuesto para el resto de América Latina (Guevara en Gott, 1973: 10):

El ejemplo de nuestra revolución y las lecciones que de ella se derivan para América Latina suponen la destrucción de las *teorías de café*. Hemos observado como un pequeño grupo de hombres decididos y sin miedo a la muerte, con el apoyo del pueblo, puede vencer a un ejército regular y disciplinado. Esta es la lección esencial.

En la misma línea, Fidel Castro *sugirió*, en 1960, que la cordillera andina se convirtiera en la Sierra Maestra del subcontinente. Y si bien en los primeros años de la revolución el apoyo que recibieron los grupos revolucionarios de la región fue tímido, las declaraciones del *máximo líder* contenían un mensaje rotundo. El cuatro de febrero de 1962, en la Plaza de la Revolución de La Habana, en un discurso -posteriormente conocido como *la Segunda Declaración de La Habana*- Castro expuso (Castro en Gott, 1973: 115):

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Es sabido que la revolución va a triunfar en América y en el resto del mundo, pero este acontecimiento no será gracias a los revolucionarios sentados esperando ver pasar el cadáver del capitalismo a través de la ventana...
6. Premisa que quedó netamente reflejada en una declaración de Guevara (Guevara en Lowy, 1973: 108):

Observando el panorama político latinoamericano vemos la dificultad de que una revolución triunfe en un sólo país. La unión de las fuerzas reaccionarias nunca lo permitirían. La rebelión de las fuerzas populares tiene que abarcar todo el continente. Esta es la necesidad histórica. Tal como dijo Fidel, la cordillera andina está destinada a ser la Sierra Maestra de toda América Latina...
7. El foco debía componerse de unos 25 o 35 personas bajo el liderazgo político-militar de uno de ellos. El foco necesitaba de apoyos y contactos en las áreas urbanas, pero en ningún caso tenía que recibir órdenes del exterior (Débray, 1967). En referencia a la existencia o no de vínculos y el tipo de relación entre los focos guerrilleros y los tradicionales partidos marxista-leninistas de América Latina, la doctrina foquista otorgaba la centralidad a la guerrilla. Este fue uno de los puntos principales en las agrias y turbulentas relaciones entre los Partidos Comunistas nacionales y la multitud de movimientos guerrilleros que surgieron durante la década de los sesenta y setenta. En el fondo, las rupturas con la tradición marxista-leninista fueron dos, por un lado, argumentar que la vanguardia de la lucha revolucionaria no correspondía al Partido Comunista y, por otro, afirmar que los verdaderos revolucionarios marxistas se creaban durante la lucha guerrillera y no en el seno de las organizaciones partidarias (Radu ed., 1988: 16).
8. Concepto recogido directamente de Lenin al que se le ungió del valor místico y vital que le otorgaron Mariátegui y Sorel, y el carácter estratégico y magnético del "príncipe moderno" de Gramsci.
9. En este sentido, los anuarios estadísticos de Naciones Unidas de 1977 y 1984 muestran la masificación creciente de los centros universitarios latinoamericanos a partir de la década de los sesenta (Wickham-Crowley, 1992: 33-37, 219-221).
10. El PSN pertenecía, hasta que ésta se disolvió, a la III Internacional. Éste nunca apostó por la lucha armada ni por la vía revolucionaria. No cabe olvidar, a la vez, que en los primeros años de Somoza García el PSN estableció muy buenas relaciones con el régimen al que percibieron como *nacional-popular*.

11. Para una descripción histórica de la fundación, inicios y desarrollo de la actividad del FSLN -con un notable énfasis en la etapa foquista- ver la novela de uno de sus fundadores: (Borge, 1989). También puede remitirse a las obras: (Alegria y Flakoll, 1982; Black, 1981; Booth, 1982; Pozas, 1988).
12. Las CEB's no se pueden reducir, ni tampoco confundir, con la Teología de la Liberación. En la práctica, si bien la mayoría de las CEB's estuvieron impregnadas por ella, no todo grupo defensor de la Teología de la Liberación tuvo la base de masas que las CEB's representaron en varios países clave: Brasil, El Salvador y Perú, y en menor medida, Nicaragua, Colombia, Chile y México (Castañeda, 1993: 224).
13. En cuanto a la articulación de la *Teología de la Liberación* como fenómeno político cabe dirigirse al trabajo de Smith (1991) en el cual ésta se analiza en base a los modelos teóricos de la acción colectiva elaborados por McAdam (1982) y Tilly (1978). La literatura académica sobre la Teología de la Liberación es amplia. A nivel comparado cabe citar los trabajos de Mainwaring & Wilde (1989) y de Levine (1986). Sobre casos particulares destacan, respecto a Brasil (Adriance, 1986; Azevedo, 1987; Brown, 1986; Burneau, 1985; Della Cava, 1976); en cuanto a Chile (Smith, 1982); respecto a Centroamérica (Berryman, 1984, 1994; Dodson & O'Shaughnessy, 1986; Lancaster, 1989; Pearce, 1986; Williams, 1985), respecto a Argentina (Dodson, 1979; Mignone, 1988), sobre Perú (Pasara, 1986); y sobre Venezuela y Colombia (Levine, 1992).
14. Para estudios detallados sobre la experiencia de Medellín desde una perspectiva politológica dirigirse a Poblete, 1979: 16-40; Sigmund, 1988: 28-40; Smith, 1991: 89-164. Cabe puntualizar que uno de los capítulos más importantes fue cuando los obispos trataron la cuestión de *la violencia estructural* en referencia al fenómeno social de la desigualdad y la pobreza. De esta forma, en Medellín, la definición convencional de *pecado* -basado en la moralidad individual- se expandió a nivel colectivo con el objetivo de denunciar a las sociedades caracterizadas por la desigualdad y la marginación. En base a dicha lógica, la acción política en contra de ese tipo de sociedades podía legitimarse en los términos de *liberación del pecado*.
15. La tesis de dicha *Teoría* -uno de cuyos padres fundadores fue Raúl Prebisch- era que las economías exportadoras de productos primarios siempre han experimentado un deterioro en los términos de intercambio respecto a las economías exportadoras de productos industriales. En base a estas premisas se elaboró la hipótesis de que existe un "Centro industrial" y una "Periferia agraria" relacionados asimétricamente en la distribución de las ganancias del intercambio; para un buen compendio sobre esta doctrina y su evolución ver: (Abel & Lewis ed., 1985). El impacto de dichas tesis, en Latinoamérica, trascendió del círculo de los economistas e incidió en la configuración de las ideas políticas y en la historiografía. En ese sentido, el primer párrafo del libro *Las venas abiertas de América Latina* -best-seller latinoamericano y lectura clásica de la izquierda de la región durante más de una década- reza (Galeano, 1971: 1):

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta.
16. Una gráfica muestra de ello es la obra de Gustavo Gutiérrez (1971, 1983, 1988) -una de las más influyentes de dicha literatura- al abordar el tema de la realidad social de América Latina.
17. A pesar de ello, no es correcto calificar el proceso posterior a Medellín como unilineal. En él existen conflictos y discrepancias. En dicho proceso, la Conferencia de Obispos Latinoamericanos realizada en Puebla, en 1979, denotó matizaciones respecto Medellín. En los años posteriores a Puebla las discrepancias en torno a los temas elaborados por la Teología de la Liberación no hicieron sino incrementarse. Los sectores más conservadores de la Iglesia Católica, bajo el firme apoyo del papado de Juan Pablo II, lucharon por reafirmar los principios de jerarquía y unidad en el interior de la iglesia, diluir el término de "lucha de clases" enfatizando el principio de "reconciliación", y corregir la "excesiva sociologización" de los mensajes y las expresiones organizativas características de la etapa anterior. En dicha reorientación cabe destacar el rol otorgado por el Vaticano a la *Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe*, bajo la dirección Joseph Cardinal Ratzinger -Prefecto de la Congregación-, la cual elaboró el texto llamado *Instrucciones sobre determinados aspectos de la Teología de la Liberación* (Sacred Congregation for the Doctrine of the Faith, 1984).
18. Para ver un buen análisis sobre la Iglesia Católica nicaragüense hasta 1979 ver: (Foroohar, 1989); en cuanto a su relación con el régimen revolucionario ver: (Berryman, 1994: 23-62).
19. El fenómeno guerrillero en América Latina ha generado un notable volumen de literatura, mayoritariamente de naturaleza comparativa que, en gran medida, ha compartido ciertas inquietudes y

conclusiones, como las causas a partir de las cuales una generación de jóvenes empuñaran las armas y se *enmontañaran* (Gott, 1973), el rol de esos grupos armados en el desarrollo político de sus países (Castañeda, 1993) o porqué éstos fracasaron en su propósito (Wickham-Crowley, 1992; Stoll, 1993).

20. La primera experiencia guerrillera del FSLN fue la creación de un *foco* en el río Coco. En 1962, Fonseca y el coronel José Santos López -veterano del ejército de Sandino- levantaron un campamento en el río Patuca, en Honduras. En junio del mismo año, un grupo de unos sesenta estudiantes dirigidos por Santos López y Borge atravesaron el río Coco desde Honduras para apoderarse del poblado de Raití. Después de algunos ataques sin éxito a destacamentos de la Guardia Nacional de esas comarcas los supervivientes decidirían volver a Honduras, donde casi todos fueron arrestados (Borge, 1989; Nolan, 1986). Con la destrucción de dicho *foco*, las fuerzas del FSLN quedaron reducidas a unos treinta hombres. Desde entonces hasta 1967 -cuando la Guardia masacró a los manifestantes de una coalición electoral anti-somocista- el FSLN realizó su actividad política desde la legalidad, introduciéndose en las organizaciones opositoras al somocismo, en los sindicatos y en los barrios marginales. Con el incremento de la actividad represora, en la segunda mitad de la década de los sesenta, en FSLN se fue nuevamente a las montañas.
21. Los miembros eran los veteranos guerrilleros Tomás Borge, Oscar Túrcios; el dirigente de los comandos urbanos, Julio Buitrago; el profesor de la UNAN Ricardo Morales Avilés; y los entonces jóvenes Henry Ruíz, quien acababa de terminar estudios en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú; y Humberto Ortega.
22. El fenómeno guerrillero latinoamericano de la segunda mitad de siglo veinte se ha dividido cronológicamente en dos períodos: la *primera* y la *segunda ola*. La primera hace referencia a aquellas organizaciones que surgieron a la luz del ejemplo de la guerrilla cubana y que tuvieron su actividad en la década de los sesenta. Estas guerrillas se caracterizaron por su implantación en zonas rurales y por su notable capacidad de maniobra. Bajo el denominador común de guerrillas de *primera ola* cabe destacar el Movimiento 26 de Julio (M-26) en Cuba; el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en Guatemala; las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) en Colombia; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Perú; el *foco* guerrillero liderado por Ché Guevara en Bolivia; y, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Venezuela. La *segunda ola* hace referencia al resurgimiento de la actividad guerrillera, a partir de 1975. La *segunda ola* tuvo relevancia en algunos países que anteriormente la guerrilla había tenido poca incidencia en la vida política -como El Salvador y Nicaragua- y a su revitalización en Guatemala, Colombia y Perú (Wickham-Crowley, 1992).
23. El carácter personal del régimen bloqueó incluso la posibilidad de desarrollar un sistema de cooptación que permitiera a las élites económicas tradicionales sentirse integradas en éste. El *Estado somocista* sentó sus directrices en base a los intereses del clan Somoza y, en este sentido, fue relativamente autónomo en relación con las clases sociales dominantes. La percepción de imposibilidad, por parte de diferentes sectores sociales, de articular sus demandas en el sistema institucional fue uno de los elementos que hicieron factible el arraigo de una convocatoria en pos de un régimen alternativo. La confrontación con el régimen político estuvo ligado, ante todo, a un sentimiento colectivo de ser víctima de un sistema de injusticia e indignidad -o, como expuso Barrington Moore (1966)- de *moral outrage*.
24. Del Partido Conservador, largamente desacreditado, surgió la formación Alianza Nacional Conservadora (ANC), el partido Social Cristiano (PSC), y de éste el Partido Popular Social Cristiano (PPSC). En la izquierda, fruto de divisiones en el seno del Partido Socialista de Nicaragua (PSN) y del Partido Comunista de Nicaragua (PCdeN), aparecerían el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Movimiento de Acción Popular Marxista-Leninista (MAP-ML).
25. En la UDEL estaban presentes los partidos Acción Nacional Conservadora (ANC), el Partido Liberal Independiente (PLI), el Movimiento Liberal Constitucionalista (MLC), el Partido Social Cristiano (PSC), el Partido Socialista de Nicaragua (PSdeN), y los sindicatos Confederación de los Trabajadores Nicaragüenses (CTN) y Confederación General de los Trabajadores independiente (CGT-i).
26. Pedro Joaquín Chamorro, descendiente de una de las más notables familias conservadoras nicaragüenses, fue el abanderado de la oposición civil al régimen somocista. En su juventud, sin embargo, también se embarcó en aventuras guerrilleras con sus compañeros que militaban en el conservadurismo, como Reynaldo Antonio Téfel, Edén Pastora, Fernando Chamorro Rappacioli. El más importante de esos intentos fue el plan *Olama y Mollejones*, en mayo de 1959, cuando se intentó invadir el país por el aire. Posteriormente, Pedro Joaquín sería el director *La Prensa*, el periódico opositor al somocismo.

27. Éstas eran: 1) el levantamiento del Estado de Sitio y de la censura de los medios de comunicación; 2) la libertad de organización política y sindical; 3) el nombramiento de un militar con suficientes méritos y sin vínculos con la familia Somoza como responsable de la Guardia Nacional; 4) la creación de un orden jurídico que garantizara el pluralismo político; y 5) la amnistía general a los presos políticos.
28. Es importante anotar la formación intelectual y política de Wheelock porqué, desde julio de 1979 hasta febrero de 1990, sería la persona encargada de diseñar y dirigir la política agraria de la Revolución Popular Sandinista.
29. La ruptura entre la GPP y la TI ocurrió a inicios de 1977 cuando en el seno de la Dirección Nacional las posiciones de Humberto ganaron el apoyo de su hermano, del costarricense Plutarco Elías Hernández y del mexicano Víctor Tirado. La situación no podía ser más propicia: Carlos Fonseca había muerto, Borge estaba en prisión, Henry Ruíz se encontraba con la columna guerrillera Pablo Úbeda en las montañas orientales y José Benito Escóbar residía en Cuba en calidad de representante del FSLN. Fue entonces cuando los *terceristas*, que se encontraban en Costa Rica, se hicieron con las riendas de la cúpula del Frente Sandinista (Nolan, 1986: 97).
30. Existe abundante literatura sobre el rol de los intelectuales latinoamericanos en los eventos políticos, entre ésta cabe destacar: (Castañeda, 1993: 207-240).
31. Nos referimos al fenómeno de que jóvenes de encumbradas familias conservadoras (y, entre ellos, hijos de los notables que encabezaban UDEL) comenzaron a involucrarse en una oposición activa a la dictadura y a buscar vías de superación al tradicional bipartidismo "liberal/conservador". Fue en el ámbito universitario y religioso donde se produjeron los primeros contactos del FSLN con estos jóvenes. Así, los *factores de linaje* estuvieron presentes en la aceptación (por parte de un sector de la burguesía nicaragüense) de la fórmula revolucionaria. En esta dirección, la presión ejercida por el somocismo contra los hijos de un sector de la burguesía -en su condición de militantes o colaboradores sandinistas- incrementó el potencial de conflicto de sus padres con un gobierno que no sólo los excluía de los buenos negocios, sino que, además, disparaba contra sus hijos (Vilas, 1992: 15-16). Y fue en ese período -el último lustro de la década de los setenta- cuando parte de las élites tradicionales nicaragüenses empezaron a observar la opción guerrillera como algo más que una simple quimera de unos jóvenes universitarios de clase media provinciana.
32. Como expondremos, desde inicios de 1977 la tendencia *tercerista* promovió la creación de un grupo de notables nicaragüenses -que posteriormente se conocería como el *Grupo de Los Doce*- de reconocido prestigio internacional y sin adscripción partidaria conocida. La función de este grupo era la de oponerse a la continuidad de Somoza en la presidencia y la de proponer al FSLN como interlocutor necesario en el "proceso de transición". Dicho grupo estaba formado por Sergio Ramírez (escritor y académico vinculado al FSLN desde 1975, y promotor del *grupo*), Ernesto Cardenal (cura trapense y poeta), Arturo Cruz (economista, funcionario del BID en Washington), Joaquín Cuadra Chamorro (abogado, político conservador y accionista del grupo Banco de América), Felipe Mántica (dueño de una cadena de supermercados y accionista del grupo Banco de América), Carlos Gutiérrez (médico), Ernesto Castillo (abogado), Miguel D'Escoto (sacerdote Mariknoll), Carlos Tünermann (ex-rector de la Universidad Nacional), Casimiro Sotelo Rodríguez (arquitecto), Emilio Baltodano Pallais (empresario), Ricardo Coronel Kautz (ingeniero agrónomo) y, posteriormente, se integrarían Reynaldo Antonio Teffel y el sacerdote Edgar Parrales.
33. Extraído del *New York Times*, 30-7-1978.
34. El *Plan Mínimo de Gobierno* se integraba a llamada "estrategia insurreccional", estrategia que se plasmó en el documento conocido como *Plataforma general político-militar de lucha del FSLN*-hecha pública por la tendencia tercerista del FSLN el 4 de mayo de 1977- que consistía en nueve puntos: 1) Formular un programa de gobierno mínimo con el fin de conseguir un apoyo amplio en la lucha contra Somoza; 2) Construir organizaciones de masas vinculadas al FSLN a partir de reivindicaciones cotidianas; 3) Crear una gran alianza anti-Somoza; 4) Unificar las tendencias del FSLN; 5) Movilizar y agitar las masas; 6) Minar la solidez de la Guardia Nacional; 7) Construir un Ejército Sandinista; 8) Poner en práctica la doctrina militar de "ofensiva ininterrumpida"; y 9) En caso de intervención directa de los EEUU, retomar la estrategia de guerra prolongada de desgaste (FSLN en Nolan, 1986: 112-114).
35. Desde el principio *los Doce* comenzaron a realizar lo que debía ser su principal labor en pro de los sandinistas: la creación de una red de apoyo con mandatarios del hemisferio occidental. Los doce expusieron al mundo de que el régimen de Somoza era represivo, corrupto y antidemocrático. Tal como expuso Carlos Tünerman, un de los miembros y ex-rector de la Universidad Nacional (Tünerman en Christian, 1986: 50):
El FSLN se vio envuelto en la lucha armada clandestina y no tenía a nadie que pudiera realizar campañas internacionales de propaganda en su favor y para que informara cuál era la situación en

Nicaragua (...) en vista de ello, el *Grupo de los Doce* se hizo cargo de realizar este trabajo internacional, de visitar gobiernos e instituciones internacionales para hacerles saber que los chicos del Frente no eran terroristas y que si habían tomado las armas había sido porque era necesario, y que los terroristas son el gobierno y el sistema somocista.

Así las cosas, el *Grupo de los Doce* visitó al general Torrijos, hombre fuerte de Panamá, y al presidente mexicano José López Portillo. Miguel D'Escoto se dirigió a Washington y visitó al director del Departamento de América Latina, y acudió a la Casa Blanca para ver a Robert Pastor, miembro del Consejo Nacional de Seguridad. Cuadra Chamorro y Mántica mantuvieron relaciones en Venezuela con el entonces presidente Carlos Andrés Pérez -amigo personal de Pedro Joaquín Chamorro- y Viron Vaky, embajador de los EEUU en ese país (Christian, 1986: 48-51).

36. La militancia política en el FSLN suponía el encuadramiento de todas las actividades a las exigencias de la vida partidaria. La obtención de la militancia requería la superación, durante un período, de ciertas pruebas. Una vez superadas se procedía a un mecanismo formal y reglado de adhesión. En la ceremonia de ingreso se realizaba el siguiente juramento (Fonseca, 1981: 194):
Delante de la imagen de Sandino, delante de la memoria de los héroes y mártires de Nicaragua, América Latina y de toda la humanidad, pongo mi mano sobre la bandera roja y negra que significa Patria Libre o Morir y juro defender, con las armas en la mano, la dignidad nacional y luchar por los oprimidos y explotados. Si cumplo esta promesa la liberación de Nicaragua y de todos los pueblos será mi logro...
37. Utilizamos dicho concepto tal como lo presenta Angelo Panebianco (1990) en su obra. *La estructura del poder organizativo* se basa en los llamados "recursos del poder organizativo" en tanto que factores en torno a los cuales se desarrollan las actividades vitales de una organización, a saber, la competencia, las relaciones con el entorno, la comunicación, las reglas formales, el financiamiento y el reclutamiento.
38. Cabe señalar que la tradición organizativa popular en Nicaragua fue relativamente escasa hasta mediados de la década de los setenta. El nacimiento y activación de Organizaciones de Masas fue, en gran medida, fruto de militantes sandinistas con el objetivo de articular grupos amplios de apoyo a la lucha armada. Así surgieron la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), los Comités de Defensa Civil (CDC), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER). De esta forma, a diferencia de lo que sucedió en El Salvador, donde la red asociativa de carácter popular tenía una larga tradición y nunca se subordinó incondicionalmente a las directrices de los grupos guerrilleros -en aras de mayor independencia pero en detrimento de la eficacia y rapidez de la lucha insurgente-; en Nicaragua, la dependencia absoluta de estas organizaciones a las directrices del FSLN supuso una notable sincronización entre la estrategia armada y la movilización popular.
39. A partir de dicho secuestro Somoza instauraría en Nicaragua la ley marcial y no la suspendería hasta 1977 bajo la presión de la administración Carter.
40. Sobre la política norteamericana en Centroamérica y, específicamente, sobre Nicaragua ver: (Booth, 1982; Diedrich, 1982; La Feber, 1993).
41. La presencia de periodistas entre los secuestrados -a los cuales el FSLN les dejó la libertad de comunicarse por teléfono a sus redacciones y los utilizó para hacer declaraciones en directo- y la presencia de parientes de Somoza -quienes, según el portavoz del FSLN, serían los primeros en ser ejecutados si no se cedía a las demandas del comando-, pusieron en una delicada posición al Jefe de Estado. Para el relato de lo acontecido: (Christian, 1986: 69-74). A cambio de la liberación de los diputados el FSLN exigió la liberación de 83 prisioneros políticos, diez millones de dólares en efectivo y la difusión de diversos comunicados. El resultado de las negociaciones fue un acuerdo según el cual el gobierno puso en libertad a unos cincuenta prisioneros, pagó medio millón de dólares, y publicó diversos comunicados del FSLN en el periódico pro-somocista *Novedades*.
42. El MDN fue un partido creado por un sector de jóvenes empresarios bajo el liderazgo de Alfonso Robelo.
43. Los *terceristas* mantuvieron excelentes relaciones con el entonces presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, con Torrijos, en Panamá, y con Ouduber y Carazo, en Costa Rica. Estos "amigos" fueron unos buenos aliados que intercedieron en su favor en los foros internacionales, actitud que no fue ajena a las agrias relaciones que mantuvieron éstos con Somoza. En este sentido, el 9 de septiembre de 1978 Venezuela firmó un pacto de defensa con Costa Rica que iba a facilitar el flujo de armas al FSLN. Posteriormente, el 21 de noviembre, Costa Rica rompió relaciones con Nicaragua.
44. La Dirección Nacional, que se mantendría intacta hasta el Congreso Nacional del FSLN de 1991, estaba formada por Humberto Ortega, Daniel Ortega y Víctor Tirado, provenientes de la tendencia *tercerista*, Bayardo Arce, Tomás Borge y Henry Ruíz, de la *GPP* y Luís Carrión, Jaime Wheelock y

Carlos Núñez, de la *proletaria*.

45. Según ese documento, publicado en la revista *Diálogo Social*, 1979/67, los objetivos políticos principales eran dos: el derrocamiento de la dictadura somocista y la construcción de una *democracia popular* que sentara las bases para, posteriormente, llevar a cabo un proceso revolucionario en Nicaragua. Para ello -según el documento de unidad- las tareas a realizar eran la consolidación y ampliación del Frente Patriótico Nacional; la organización de un Gobierno Provisional en el que estuvieran representadas todas las fuerzas antisomocistas (con el objetivo de hacerse cargo de la reconstrucción nacional y de neutralizar los "potenciales enemigos"); y la obtención del apoyo de "los sectores progresistas y democráticos de la comunidad internacional" con el fin de evitar "una intervención militar del imperialismo u otras fuerzas reaccionarias del continente". Respecto a la cuestión militar, una vez proclamado el documento en el que el FSLN concebía la insurrección armada como la síntesis de un proceso de lucha ininterrumpido desde la creación de la guerrilla capitaneada por Augusto C. Sandino, se exponía que la única garantía del triunfo revolucionario pasaba por la formación de un "ejército popular". En cuanto a la organización del FSLN, se dio a conocer el proceso de reunificación, se explicitó la creación de una Dirección Nacional Conjunta, se enumeró sus potestades y, finalmente, se reconoció a los diferentes Frentes Guerrilleros.
46. El 20 de mayo de 1979 la Asamblea General de la OEA aprobó una resolución pidiendo a Somoza su dimisión de todas las funciones oficiales que desempeñaba. México aprovechó este marco para condenar "el horrible genocidio cometido por Somoza", postura a la que se sumaron posteriormente Ecuador, Panamá y Grenada. La guinda del pastel fue, sin embargo, la retransmisión por una cadena internacional de televisión de las imágenes del asesinato de un periodista norteamericano -Bill Stewart- en manos de la GN.
47. La muestra se realizó sobre 640 casos de fallecidos durante el proceso insurreccional presentes en el registro (de 6.000 casos) que ofrece un programa realizado en año 1980 -el Programa *Héroes y Mártires*- del Instituto de Seguridad Social y Bienestar (INSSBI), destinado a apoyar los familiares que tuvieran algún miembro caído durante ese período.
48. Cabe resaltar el papel fundamental de las mujeres en las tareas de apoyo como *correos*, casas de seguridad, abastecimientos, atención en hospitales clandestinos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABEL, C.; LEWIS, C. (eds.): *Latin American: Economic Imperialism and the State*. London, Atholone-ILAS, 1985.
- ADRIANCE, M.: *Opting for the Poors*. Kansas, Sheed and Ward, 1986.
- ALEGRÍA, C.; FLAKOLL, D.J.: *Nicaragua: la revolución sandinista. Una crónica política 1855-1979*. México D. F., ERA, 1982.
- ARIAS, P.: *Nicaragua: Revolución. Relatos de combatientes del Frente Sandinista*. México D.F., Siglo XXI, 1980.
- AZEVEDO, M.: *Basic Ecclesial Communities in Brazil: The Challenge of a New Way of Being Church*. Washington, Georgetown University Press, 1987.
- BATAILLÓN, G.: *Violence et politique en Amérique Centrale. Essai sur la mise en place de la guerre civile nicaraguayenne et des affrontements armés au Guatemala et au Salvador*. Paris, Tesis Doctoral, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1996.
- BÉJAR, H.: *Perú 1965: Apuntes sobre una experiencia guerrillera*. Habana, Casa de las Américas, 1969.
- BERRYMAN, P.: *Religious Roots of Rebellion. Christian in the Central American Revolution*. Washington, Maryknoll, 1984.
- BERRYMAN, P.: *Stubborn Hope. Religion, Política and Revolution in Central America*. New York, Orbis Boks, 1994.
- BLACK, G.: *Triumph of the People: The Sandinista Revolution in Nicaragua*. London, Zed Press, 1981.

- BOOTH, J.A.: *The End and the Beginning: The Nicaraguan Revolution*. Boulder, Westview Press, 1982.
- BORGE, T.: "Unidad estratégica Sandinista", *Diálogo Social* 3, 1979.
- BORGE, T.: *Carlos, el amanecer ya no es una tentación*. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1982.
- BORGE, T.: *La paciente impaciencia*. Managua, Vanguardia, 1989.
- BROWN, D.: *Umbanda: Religion and Politics in Urban Brazil*. Ann Arbor, University of Michigan Research Press, 1986.
- BURNEAU, T.C.: "Church and Politics in Brazil: The Genesis of Change", *Journal of Latin American Studies* 1/17, 1985.
- CABEZAS, O.: *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Managua, Nueva Nicaragua, 1982.
- CABEZAS, O.: *The Utopia Unarmed*. New York, Vintage, 1993.
- CHRISTIAN, S.: *Nicaragua. Revolución en la familia*. Barcelona, Planeta, 1986.
- DÉBRAY, R.: *La revolución dentro de la revolución*. Habana, Casa de las Américas, 1970.
- DELLA CAVA, R.: "Catholicism and Society in Twentieth-Century Brazil", *Latin American Research Review* 2/2, 1976.
- DIEDERICH, B.: *Somoza and the Legacy of US Involvement in Central America*. London, Junction Books, 1982.
- DODSON, M.: "Liberation Theology and the Cristian Radicalism in Contemporary Latin America", *Journal of latin American Studies* 1/11, 1979.
- DODSON, M.; O'SHAUGHNESSY, L.: "Religion and Politics" en WALKER (ed.): *Nicaragua: The First Five Years*. New York, Praeger Press, 1986.
- FALCOFF, M.: "Somoza, Sandino y los Estados Unidos", *Revista de Pensamiento Centroamericano* XL/185, 1985.
- FONSECA, C.: *Bajo la bandera del sandinismo. Textos políticos*. Managua, Nueva Nicaragua, 1981.
- FOROOHAR, M.: *The Catholic Church and Social Change in Nicaragua*. Albany, State University of New York Press, 1989.
- FSLN: *Programa del Frente Sandinista de Liberación Nacional*. Managua, DPEP-FSLN, [1969]1981.
- GALEANO, E.: *Las venas abiertas de América Latina*. México D.F., Siglo XXI, 1971.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. et al.: *Sandinistas*. Bogotá, Oveja Negra, 1979.
- GOLDENBERG, B.: *The Cuban Revolution and Latin America*. London, Allen & Unwin, 1965.
- GONZÁLEZ, M.: "The Culture of the Heroic Guerrilla: The Impact of Cuba in the Sixties", *Bulletin of Latin American Research* 3/2, 1984.
- GOTT, R.: *Rural Guerrillas in Latin America*. Harmondsworth, Penguin Books, 1973.
- GUERRA BORGES, A.: "The Experience of Guatemala: Some Problems of Revolutionary Struggle Today", *World Marxist Review* 7/11, 1964.
- GUTIÉRREZ, G.: "Iglesia y Mundo: Crisis de un sistema teológico", *Mensaje* 199, 1971.
- HOBBSAWM, E.: *The Age of revolution*. London, Weindenfeld & Nicolson, 1962.
- HODGES, D.C.: *Intellectual Origins of Nicaraguan Revolution*. Austin, University of Texas Press, 1986.
- INVERNIZZI et al.: *Sandinistas*. Managua, Vanguardia, 1986.
- LAFEBER, W.: *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*. (Segunda edición ampliada) New York, W.W. Morton, 1993.

- LANCASTER, R.: *Thanks to God and Revolution: Popular Religion and Class Consciousness in the New Nicaragua*. Berkeley, University of California Press, 1989.
- LEVINE, D.: *Religion and Political Conflict in Latin America*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986.
- LEVINE, D.: "Assessing the Impacts of Liberation Theology in Latin America", *The Review of Politics* 50, 1988.
- LEVINE, D.: *Popular Voices in Latin American Catholicism*. Princeton, Princeton University Press, 1992.
- LOWY, M.: *The Marxism of Che Guevara. Philosophy, Economics, Revolutionary Warfare*. New York, Monthly Review Press, 1973.
- MCADAM, D.: *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago, Chicago University Press, 1982.
- MAIER, L.: *Nicaragua. La mujer en la Revolución*. México D.F., Ediciones de Cultura Popular, 1980.
- MAINWEARING, S.; WILDER, A.: *Progressive Church in Latin America*. Notre Dame, The University of Notre Dame Press, 1989.
- MARTÍ, S.: *El FSLN, del poder revolucionari a l'oposició parlamentaria*. Barcelona, Memoria de licenciatura en Ciencias Políticas, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992.
- MARTÍ, S.: *Nicaragua 1977-1996: La Revolución Enredada. Un análisis de la realidad política desde la insurrección hasta las inciertas elecciones de 1996*. Madrid, Catarata-Cooperació, 1997a.
- MARTÍ, S.: "América Central en los noventa: ¿Una década de qué?", *Revista Envío* # 220, 2000.
- MARTÍ, S.: *Bananes, volcans i rebelions. Política i societat a Centreamèrica*. Barcelona, EUMO Editorial, 2001.
- MIGNONE, E.: *Witness to the Truth*. New York, Orbis Books, 1988.
- MORENO, J.A.: *Che Guevara on Guerrilla Warfare: Doctrine, Practice and Evaluation*. Pittsburg, Centre of Latin American Studies, University of Pittsburg, 1971.
- MOORE, Jr.B.: *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord in the Making of the Modern World*. Boston, Beacon Press, 1966.
- MOORE, Jr.B.: *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revolt*. New York, Sharpe, 1978.
- NOLAN, D.: *La ideología sandinista y la revolución nicaragüense*. Barcelona, Ediciones 29, 1986.
- ORTEGA, H.: *Sobre la insurrección*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981.
- PAIGE, J.M.: *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. New York, Free Press, 1975.
- PANEBIANCO, A.: *Modelos de partido*. Madrid, Alianza, 1990.
- PASARA, L.: *Radicalización y conflicto en la Iglesia peruana*. Lima, Ediciones Virrey, 1986.
- PEARCE, J.: *Promised Land. Peasant Rebellion in Chalatenango*. London, L & Co., 1986.
- POBLETE, R.: "From Medellín to Puebla: Notes for Reflection" en LEVINE (comp.): *Churches and Politics in Latin America*. Beberly Hills, Sage, 1979.
- POZAS, V.: *La revolución sandinista (1979-1988)*. Madrid, Editorial Revolución, 1988.
- RADU, M. (ed.): *Violence and the Latin American Revolutionaries*. New Brunswick, Transaction Books, 1988.
- RANDALL, M.: *Cristianos en la Revolución*. Managua, Nueva Nicaragua, 1983.
- SACRED CONGREGATION FOR POLITICAL DOCTRINE OF FAITH: *Instructions on Certain Aspects of Theology of Liberation*. Vaticano, Vatican Polyglot Press, 1984.

- SIGMUND, P.E.: "The Development of Liberation Theology: Continuity or Change" en RUBENSTEIN & ROTH (comp.): *The Politics of Latin American Liberation Theology*. Washington, The Washington Institute Press, 1988.
- SMITH, B.: *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism*. Princeton, Princeton University Press, 1982.
- SMITH, C.: *The Emergency of Liberation Theology. Radical Religion and Movement Theory*. Chicago, University of Chicago Press, 1991.
- STOLL, D.: *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. New York, Columbia University Press, 1993.
- TILLY, Ch.: *From Mobilization to Revolution*. New York, Random House, 1978.
- VILAS, C.M.: "Insurgencia popular y revoluciones sociales: en torno a la revolución sandinista", *Revista Mexicana de Sociología* 3, 1980.
- VILAS, C.M.: *Perfiles de la Revolución sandinista*. La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1984.
- VILAS, C.M.: "Una patria para todos: Revolución, Desarrollo y Democracia en Nicaragua" Paper presentado en el Seminario *La democracia en América Latina: Actualidad y perspectivas*. UCM, 1991.
- VILAS, C.M.: "Asuntos de familia: Clases, linaje y política en la Nicaragua contemporánea", *Polémica* 18, 1992.
- WICKHAM-CROWLEY, T.P.: *Guerrillas and Revolution in Latin America: A comparative study of Insurgents and Regimes since 1956*. Princeton, Princeton University Press, 1992.
- WILLIAMS, P.: "The Catholic Hierarchy in the Nicaraguan Revolution", *Journal of Latin American Studies* 17, 1985.
- WOLF, E.: *Peasant Wars of the Twenty Century*. New York, Harper & Row, 1969.
- ZIMMERMANN, M.: *Carlos Fonseca Amador: The Making of a Nicaraguan Revolutionary*. Managua, Mimeo, 1995.